Orillas

Nora de la Cruz



ORILLAS

NORA DE LA CRUZ

Orillas



PARAÍSO
PERDIDO
EDITORIAL

Avenida Arcos 347-2
Guadalajara|México|44130
hola@editorialparaisoperdido.com

Zaragoza 224, Zona Centro
Guadalajara|Jalisco|México|44100

PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO 2018

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA
typotaller

IMAGEN DE PORTADA
© Javier Muñoz Najera

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Antonio Marts / typotaller

EDITORIAL PARAÍSO PERDIDO

ISBN 978-607-8646-03-6

IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

Para mis padres
y hermanos

Por siempre estaremos en busca de orillas en las que poder cantar y ser oídos. Pero, ¿qué ocurre con la ola que se rompe donde no habrá ningún oído que la oiga?

KHALIL GIBRÁN,
El jardín del profeta

I was a conformist. It never occurred to me that because I suffered, there was something wrong with the system, or with the human heart.

L. P. HARTLEY,
The Go-Between

ESTRELLAS RECIÉN LAVADAS

I

La casa está a la orilla de una barranca y no hay mucho hacia dónde caminar. La luz del foco que cuelga en la puerta para iluminar el patio muestra el sendero hacia el río. Dos siluetas cruzan la oscuridad en silencio: una enjuta y alargada avanza con seguridad; la otra, ancha y pequeña, parece cuidar sus pasos. Las pupilas se esfuerzan para encontrar la luz y entender la forma de las cosas, abrirse camino sin tropezar entre piedras y ramas. Un sendero angosto y silencioso, se escuchan a lo lejos los grillos, el zumbido de los moscos cuando rozan los oídos; la tierra húmeda, olorosa a hierba y lluvia, amortigua el ruido de los pasos.

Habían venido varias veces desde pequeños, para visitar a la familia de su mamá. Ella los llevaba por ese camino hacia el río para mostrarles el lugar donde, decía, se acostaba cada tarde desde las seis o siete, justo antes de que empezara a oscurecer: miraba al cielo un largo rato, en silencio, y les buscaba forma a las nubes, en espera de que aparecieran las estrellas. Creía que si se quedaba de verdad atenta tal vez podría contarlas conforme se fueran encendiendo, pero no lo consiguió jamás. Sin darse cuenta se distraía y cuando recordaba a qué había ido el cielo estaba plagado. Para ese momento sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad: parecía que podía ver más lejos, que su mirada atravesaba el cielo como un cuchillo o una flecha que se lanza y parte el aire hasta clavarse en algo hondo y blando. Así era la noche para ella: carne penetrada por sus ojos.

A veces, en el patio de su casa, entre los ruidos de los autos que corrían por la avenida y de los locales que bajaban su cortina de metal, y a pesar de los faroles encendidos en la calle, cuando salía a avisarles que era hora de merendar, su mamá se quedaba quieta y miraba hacia arriba, a las estrellas. Les pedía que las vieran y se quedaba en silencio, muy seria. Pero ellos eran pequeños y se distraían en juegos y en conversaciones; nada atrapaba su atención por mucho

tiempo: ni su mamá, ni el silencio, ni la combustión lejana de las estrellas que brotaban frescas en la noche oscura.

II

Los traían a casa de los abuelos algunos días en las vacaciones, a visitarlos. Ellos hacían comentarios sobre su estatura y sus facciones, calcadas del rostro de alguien más. Les preguntaban cómo les iba en la escuela y si querían más a su papá o a su mamá, y después les decían que salieran a jugar para que ellos pudieran hablar con su hija sobre misteriosos asuntos, cosas de mayores. En el patio los esperaba siempre un grupo de niños y niñas de diferentes edades a quienes debían llamar primos.

Era inútil memorizar los nombres o las caras, porque cada vez eran distintos niños. Las hermanas de su mamá vivían en otras ciudades, se casaban cada dos o tres años y tenían hijos que dejaban encargados por un tiempo y que luego iban a recoger. Salir a jugar con los primos era encontrarse siempre con un rostro nuevo: niñas de cabello rizado y hombro anchos y redondos; o con melenas lacias y finas domesticadas en coletas; niñas pequeñas y esmirriadas, púberes de caderas redondeadas; algunos varones también, casi siempre pequeños, con el cabello peinado con limón, rebelde en la coronilla; niños que eran como sultanes miniatura, complacidos en todo momento por sus hermanas y primas. Resultaba difícil creer que niñas y niños de apariencias distintas estuvieran unidos por un lazo natural que también los ligaba a otros a quienes tal vez nunca conocerían.

Todos esos niños iban y venían, menos tres niñas que siempre estaban ahí. Ara, la mayor de las tres y la más bonita, era la preferida de la abuela; dormía con ella en su cama, la mejor de la casa, y era la que decidía siempre a qué jugar. Carmen era todo lo contrario: flaca y tímida, era la única que no se reía de nosotros cuando nos hundíamos en el fango al cruzar el río, o cuando algún animal nos asustaba, pero solo hablaba cuando Ara no podía verla. Naye era la menor, tendría tres años apenas, pero parecía la más despierta. Ella se quedó a vivir ahí por capricho del abuelo. Se pasaba el día llevándole y trayéndole el periódico, las pantuflas, vaciando ceniceros y avisando cuando había que servirle de comer. Cuando fue mayor aprendió a ir a comprar cervezas en botellas ambarinas más grandes que su cabeza.

Los visitantes eran siempre tratados como forasteros: primero con curiosidad y después con recelo. Él, Alejandro, era el nieto mayor, alto y serio, de cabello oscuro, que llevaba siempre en casquete corto; ella,

Diana, dos años menor, regordeta y miope, usaba unos anteojos de armazón azul cielo y llevaba el cabello largo hasta la cintura, invariablemente en una trenza francesa. Ambos intentaban participar en los juegos de sus primos, pero nunca los entendían bien. Casi todos se trataban de correr por los terrenos baldíos que estaban cerca de la casa, arrojar piedras al río y provocar con varas a los perros de los vecinos, encerrados en patios cercados con vallas de alambre. Aunque intentaban torpemente imitar a esos niños, sus primos, ellos no se los permitían. Te vas a ensuciar, te vas a caer, si te pasa algo nos van a regañar, advertían. En el fondo les desagradaban, sin entender ellos mismos por qué, pero nunca lo disimularon; los recibían en su patio, los incluían en sus juegos, pero caminaban con prisa delante de ellos, con la clara intención de dejarlos atrás.

Volver a casa después de esas visitas siempre era un alivio. Cenaban bolillos dorados con mantequilla y nata de la leche bronca que tomaban por decisión de su papá. Según él, necesitaban el calcio para crecer y la leche de caja no tenía suficiente. Sobre todo tú que eres mujer, Nana, le decía a Diana, si no la bebía, cuando fuera mayor se le podrían romper los huesos a cada paso. Así, tenían que beber una taza en la mañana y una en la noche, a pesar de las protestas de Nana, pues el olor le daba asco. Su hermano bebía rápidamente su ración, que terminaba antes de que ella diera el primer trago.

¿Te tomas la mía, Jano?

Él tomaba la taza a escondidas de sus padres y se acababa la leche, para que no regañaran a Nana. En cambio, el pan con nata les encantaba a ambos; su mamá lo preparaba con azúcar y canela, y el olor de la merienda entibiaba la casa hasta que subían a la habitación a dormir, mientras sus padres conversaban en la cocina.

Más tarde, mamá iba a su cuarto a darles el beso de las buenas noches y la bendición. Así lo hacía siempre. Al entrar los encontraba jugando o haciendo dibujos. Metía a cada uno en su cama —con colchas idénticas, pero de diferente color—, apagaba la luz y ellos seguían hablando, hasta quedarse dormidos. Ella siempre parecía más seria esas noches, después de ver a sus padres. Les decía que, a diferencia de sus primos, ellos tenían mucha suerte. Jano y Nana pensaban que se refería a que su casa no estaba en obra negra, a que tenían tele en su cuarto y muchos juguetes, a que su ropa no estaba remendada o a que ellos sabían comer con cubiertos. Pero una noche entendieron a qué se refería.

Debe de ser triste para sus primos ver cómo ustedes van de visita y luego pueden volver aquí, a casa, con su papá y conmigo, dijo, con la vista fija en la ventana, donde la noche era un rectángulo negro.

¿Por eso les caemos mal?, preguntó Nana.

Su mamá se levantó, como si no hubiera oído. Apagó la luz. Jano y Nana estuvieron despiertos un rato más, sin decir nada.

III

Nana llegó primero, cuando tuvo la regla. Fue idea de la abuela, decía que su mamá pasaba mucho tiempo fuera de casa y que no estaba bien que una niña de su edad estuviera sola con un desconocido. Pedro no era un desconocido: se había casado con su mamá dos años antes, habían vivido con él desde entonces y les compraba algodones de azúcar en el mercado cuando iban juntos a hacer el mandado del domingo. Iban con las bolsas de tejido plástico repletas de fruta y verdura, de pollo, aunque a Nana solo la dejaban cargar las pequeñas: arroz, chiles secos o ajos, que por ser mujer. Pero su mamá sí cargaba. Cargaba igual que Pedro.

De camino a casa se sentaban en los bancos de alambre y madera de una vieja taquería; en realidad no era un local, sino la ventana de una casa abierta a la venta. Despachaban la esposa y la hija de don Pancho, un hombre rubio y fornido que andaba siempre con un enorme mandil blanco y ensangrentado y unas botas negras impermeables. Al fondo, más allá de la vitrina donde las mujeres —una anciana y una cuarentona— picaban con enormes cuchillos la carne frita y rosada, para envolverla luego en dos tortillas suaves y olorosas, se veía un pasadizo oscuro y angosto que daba a un terreno. Ahí estaban los puercos y las vacas que criaba esa familia.

Ellos iban a la hora de la comida, cuando a los animales les tocaba pastar. Su cuidador les hablaba por sus nombres y con diminutivos; algunas veces salía a conversar con los clientes y les contaba historias de cada uno de ellos, como si fueran niños pequeños, sus hijos o nietos. A quienes pasaban por ahí para comprar la leche, casi al amanecer, les tocaba escuchar cómo chillaban los becerros y los marranos, y ver a don Pancho pasearse con el cuchillo todavía sucio de sangre fresca, rojísima y tibia. Nana lo había visto una vez. Su mamá le tapó los ojos para que no se impresionara, así que lo único que recordaba era el olor. El olor de la sangre fresca, la sangre de animal; supo después que era distinto al de la sangre que brotaba de las heridas, de la nariz o de la regla. A veces se preguntaba por qué.

Desde el divorcio, veían a su papá una vez a la semana, los domingos. Los llevaba al cine y a comer hamburguesas a Plaza Satélite. Nunca habían estado a solas con él, así que era raro. No hablaba mucho, y les hacía varias veces las mismas preguntas, que

cómo se portaban, que cómo les iba en la escuela, que si les estaba gustando la comida. Era más fácil estar con Pedro, mucho menos estricto y más alegre. De vez en cuando le pedía prestada una camioneta pequeña a un pariente suyo y los llevaba a pescar truchas a Tlazala, o a tenderse en la hierba a ver las nubes mientras remojaban los pies en el río. Seguían viviendo cerca del centro del pueblo porque su papá no había querido cambiarlos de escuela, pero su nueva casa era más pequeña y la vida era notoriamente distinta. Pedro les enseñaba a distinguir los trinos de los pájaros y les decía en latín los nombres de los árboles. Al principio intentaban con timidez todo lo que les proponía, como escalar una loma o subir a una lancha para remar en una presa, pero después hablaban de ello durante días y le hacían dibujos donde aparecían todos juntos y sonrientes, más grandes que el sol.

A los abuelos, en cambio, no les agradaba Pedro. Preferían a su papá, médico y de buena familia. Su mamá había perdido su condición de hija ejemplar cuando dejó de ser la única que tenía un matrimonio estable. Tanto casarse de blanco para terminar como tus hermanas, decía el abuelo, después de tomarse la tercera o cuarta cerveza. Sobrio rara vez hablaba. Entonces su mamá comenzó a ir sola a visitar su casa familiar; mientras ellos se iban con Pedro al campo, donde jugaban con una pelota o hacían burbujas de jabón. Incluso fantaseaban con irse a uno de esos pueblos, a El Vidrio, a Transfiguración, y tener caballos y perros. A Nana le parecía que eran felices, pero eso duró solo un tiempo. De pronto, su mamá decidió que Jano y ella ya no podían dormir juntos, y desde entonces él empezó a pasar mucho tiempo encerrado, oyendo música con sus audífonos. Tenía cuadernos y revistas que nadie podía ver, y estaba casi todo el tiempo de mal humor; le cambió la voz y empezó a oler distinto. Ya no se le podía decir Jano, sino Alejandro; parecía que de la noche a la mañana se había llenado de secretos.

En la escuela sucedía lo mismo: Nana había pasado a sexto grado y en el recreo los niñas y las niñas ya no corrían juntos. Un día, el profesor de deportes se llevó a todos los varones a jugar futbol; las niñas se quedaron en el salón y la directora entró a hablar con ellas muy seriamente. Les dijo que desde ese momento ya no debían jugar con los niños a nada que implicara tocarse, que ya no debían reírse muy fuerte, ni pararse o sentarse con las piernas abiertas; todo eso se llamaba darse a respetar. Luego una profesora de secundaria les habló tediosamente de sus periodos que estarían por llegar: un día encontrarían su ropa interior manchada de sangre y debían decírselo a sus madres cuanto antes.

Así lo hizo Nana y se arrepintió después. Encontró la mancha poco antes de terminar el curso escolar y un mes más tarde su mamá la

llevó a la casa de los abuelos. En su mochila de la escuela puso dos vestidos, algunas mudas de ropa interior y unos zapatos. Eran vacaciones de verano, así que no necesitaría útiles ni uniforme. Además, ya se vería si entraba a la secundaria: ninguna de sus primas había estudiado porque de todas formas se iban a casar, decía la abuela. Los estudios eran para los varones, aunque lo más conveniente era que desde muy jóvenes aprendieran a trabajar. Con la prisa, Nana no empacó ningún juguete, solo un libro, el primero que encontró: *Titanes de la literatura infantil*. Pronto descubrió que había sido una mala elección, era un libro muy triste.

La acomodaron en un cuarto amplio, con huellas de humedad en las paredes. Tenía una ventana que daba a un surco, como si la casa estuviera construida en un hoyo cavado en la parte más alta de la barranca. La tierra que formaba el surco era casi como arena, parda y fina, y no le crecía pasto ni tenía piedras. Por las mañanas reflejaba un poco el sol. Su mamá le dijo, mientras guardaba su ropa en la cajonera, que ese había sido su cuarto cuando era niña. Ahora Nana lo compartiría con Carmen y con los niños y niñas que las tías fueran encargando cuando se separaran de sus padres, y que recogerían cuando tuvieran un trabajo más o menos estable o un marido nuevo que aceptara recibirlos en su casa.

Para entonces, Ara ya tenía 14 años. Ya no organizaba juegos ni trataba a Nana con tanto desprecio, aunque su torpeza todavía le molestaba. Tuvo que enseñarle a calentar el agua para el baño, a prender un cerillo y a comer sin cubiertos porque ya no la trataban como visita. Además, por ser de las mayores les tocaba ir todos los días por las tortillas, diez kilos. Tenían que bajar de una loma pedregosa y subir a otra, pavimentada, normalmente a mediodía, con el sol pegajoso sobre el cuerpo. A veces se robaban las limosnas que la gente dejaba en el nicho de la Virgen de Guadalupe que estaba junto al puente para comprar un refresco. En esas ocasiones Ara le sonreía, y también cuando entre los primos que estaban de paso en la casa había un niño de su edad y ella se metía con él en el ropero, enorme y casi vacío, del cuarto donde dormían Carmen y Nana. Una vez la abuela entró al cuarto buscándola. Empujó la puerta sin tocar: ¿Por qué se trancan, qué están haciendo?

Carmen y Nana estaban sentadas en la cama, amarrando los calcetines en pares.

¿Y Ara?

Fue al pozo, abuela, ahorita viene.

Ella las miró fijamente, sin decir nada. Dejó la puerta abierta, atorada con un trozo de cartón doblado que usaba para que no se azotara. Oyeron sus chancletas chocar contra el piso con cada paso hasta la cocina.

Cuando Ara salió del ropero casi no podía contener la risa. No le digan nada a mi mamá, les dijo. Pero se refería a la abuela. A su mamá Nana nunca la vio.

IV

Jano llegó unos años después: Pedro y su mamá se separaron y ella necesitaba un tiempo para encontrar trabajo, conseguir otra casa. Se estaba quedando en un cuarto de servicio, en casa de una amiga, pero no pudo llevar a su hijo con ella. Nana se había acostumbrado a los días lentos en la casa de la abuela, a sus trajines y a compartir el espacio cada vez con más niños: Ara tenía dos bebés y Carmen una niña; otros hijos y nietos de las hermanas de mamá seguían llegando. Cuando trajeron a Jano había quince primos en la casa. Jano tenía 16 años y fue el primo 16.

La casa tuvo que ajustarse: amontonaron el comedor y la sala en un espacio, casi a la entrada, para poner otra cama y otra cajonera que compartirían Jano y Nana con Belén y su hija. El cuarto que había sido de su mamá era para los niños que llegaban y luego se iban, y para Naye, que ya no tenía permitido dormir con el abuelo ni abrazarlo desde que le había bajado la regla. Ara aún compartía cama con la abuela, y junto a ella estaba una cuna pequeña donde acomodaba a sus dos bebés. Aunque no se podía hablar de eso, un día Nana le contó a Jano a escondidas que uno de los hijos de Ara era de un militar que se quiso casar con ella y llevársela, pero la abuela no los había dejado. El otro era de uno de los primos. Carmen había tenido un novio a escondidas, al que nunca nadie llegó a ver, pero a ella no la pidieron.

Como Jano sabía leer y escribir la abuela le consiguió trabajo muy pronto, atendiendo una ferretería en el centro del pueblo. Iba y venía todos los días, caminando, hacía el mismo trayecto también para venir a comer a la casa. Siempre parecía cansado: caminaba con la mirada en el piso y los hombros caídos. Los fines de semana, mientras las mujeres mojaban con detergente el piso de concreto de la casa, y luego echaban agua a bandejazos sobre el patio polvoriento, Nana veía a Jano parado a la orilla de la barranca, recargado en la pila del lavadero, mirando hacia el fondo. Tenía cara de mal humor: su boca se veía aún más pequeña que cuando era niño y parecía sombría bajo el bigote delgado que se le comenzaba a formar. Su voz era más grave y sus ojos estaban siempre inyectados de rojo, como si tuviera fiebre. Casi no le había dirigido la palabra desde que su llegada, como si

estuviera enojado con ella o como si nunca hubiera sido su hermano.

Una vez salieron juntos a buscar una medicina. Habían mandado a Nana, pero le pidieron que la acompañara porque había que cruzar la plaza y, como era tarde, estaría llena de borrachos. Fueron en silencio, incómodos, como dos desconocidos. En la farmacia había un anuncio: regalaban cachorritos; Nana quiso verlos, pero la encargada le dijo que ya no había ninguno, que su mamá se los había comido. Preguntó por qué, asqueada: la mujer dijo que las perras hacían eso a veces, cuando sabían que sus cachorros no eran fuertes y se iban a morir. Nana sintió que iba a llorar pero Jano tomó su mano y recibió el cambio. De vuelta a casa, Nana quiso decir algo, sin saber exactamente qué; sintió que su mano sudaba y que la sangre bombeaba con fuerza bajo su carne. Jano no parecía notar nada de eso. Cuando llegaron, se adelantó para entrar, pero ella lo llamó para que volviera al patio. Él fingió no escuchar. Nana se apuró para alcanzarlo, pero tropezó por la prisa; cayó sobre el polvo y las piedras en el patio oscuro.

V

La silueta enjuta y larga se detiene a la orilla del río, junto a una enorme piedra en la que se recarga. La pequeña tarda en alcanzarla. Los mosquitos zumban y revolotean alrededor de sus caras. A Nana le molestan; Jano parece no importarle que están allí. Nana rompe el silencio. Jano se sorprende al verla, pero no dice nada. Esperaba a Carmen o a Naye, que son las que siempre lo siguen, aunque Naye cada vez menos, desde que tuvo un bebé y él comenzó a tratarla con desprecio. Trataba a todas las mujeres con desprecio, y no tenía sino malas palabras para ellas, pero a Naye además le pegaba. De todas formas, Carmen y ella salen tras él por la noche, cuando todos duermen. Nana los escucha, y también lo oye volver a solas, casi una hora después, cuando ninguna sale. Les preguntaba a todos a dónde iban, qué hacían; no decían nada, viraban los ojos y se reían, molestos. Nana se preguntaba por qué nadie quería estar con ella, por eso cuando sintió a sus primas dormidas junto a ella y supo que no saldrían, que Jano se quedaría solo, salió tras él.

Jano la vio como si no la conociera. Su gesto se mantuvo severo, quieto, pero de un momento a otro algo en sus ojos parecía distinto.

¿Qué quieres?, preguntó.

Nada, estar contigo, respondió Nana; su voz era pequeña y temblaba.

En el rostro de Jano otra vez el silencio y la risa extraña de cuando no contestaba sus preguntas.

Pinche mocosa, regrésate a la casa.

Pero antes de que ella pueda irse, Jano la sujeta de los brazos para recargarla en la piedra; Nana la siente en su espalda, fría y lisa. Algo en su centro se ablanda de pronto, con una punzada desconocida. Su hermano parece furioso y ella cree que va a golpearla. La respiración de ambos se agita, como cuando corrían para atrapar una pelota y su nariz se hacía más amplia, voraz, casi dolorosa. Se quedan quietos, callados, pero el centro de alguna entraña parece perseguir algo fuera del cuerpo. Nana cierra los ojos y nota que sus pieles cambiaron de olor y que sabe diferente su saliva.

Jano la suelta finalmente. Se recarga en la piedra, junto a ella. Para evitar verse, miran el cielo. Mantienen los ojos tan fijos en la oscuridad que más allá de las estrellas encuentran otras estrellas. Son cientos, miles. Silenciosas y lejanas. Se queman vertiginosas en la distancia, a oscuras y a escondidas, pero las ven blancas, brillantes, luminosas. Jano se levanta sin decir nada. Se convierte de nuevo en una silueta enjuta y alargada que cruza la noche de vuelta a casa. Nana espera un momento en el silencio. Después lo sigue.

A LA ORILLA DE LA CARRETERA

No es miedo a la oscuridad, es que no veo bien de noche. Conozco el camino, pero casi no hay alumbrado, y sin luz se les pierden las orillas a las cosas. Todo es pura silueta y arriba nada más cielo.

Siempre dicen en mi casa que no me regrese caminando, pero qué me ha de pasar. La combi que sube de la carretera a la loma ya cuesta casi diez pesos. A pie no me hago ni veinte minutos, por eso le digo a mi mamá que la tomé, para ir ahorrando. Así me compré el celular. No es de los caros, pero tiene cámara. Le caben hasta mil canciones. Le dura la pila un buen.

Eso sí, hay que ir atento, a las vivas. No por nada, pero es noche y está oscuro. Salgo a las siete del *bacho* y me quedo un rato a cotorrear. Camino al Periférico para tomar el camión. Cuando llego a Los Olivos ya casi van a dar las nueve, la hora de la novela. Los jueves mi mamá plancha y no puede salir al frío. Ese día me encarga el pan.

Y casi no hay nadie en la calle. Muchos del *bacho* toman este micro, pero casi todos se bajan antes que yo, en Alamedas, o en las Bodegas de Atizapán. Solo una vez vi a una chava que iba más lejos; por seguirle la plática me fui hasta Los Manantiales. Estaba bonita y me había caído bien, pero cuando pasamos por Los Olivos preguntó: ¿Te imaginas vivir ahí, en el cerro, a la orilla de la carretera? Le dije: Sí, verdad, así como pregunta. La acompañé a su casa y me regresé en otro micro. En la escuela no la volví a saludar. Yo siempre había vivido ahí, pues qué tenía de raro o qué. Eso le tenía que haber contestado, pero no se me ocurrió en ese momento.

Está oscuro y solo, pero son veinte minutos. No pasan coches. Nada más la combi que sube la loma, pero sale cada media hora. Fuera de eso nada. Ningún negocio. Algunas casas. Árboles. Perros flacos. Ratas entre el matorral. Luego tramos de polvareda o de lodazal si es el tiempo de las aguas. Mi casa no está tan arriba: das vuelta pasando la virgencita y donde termina el baldío luego luego se ve.

En ese terreno era donde se armaba la cascarita. Las porterías se marcaban con ladrillos y el dueño del balón era siempre el juntador. Equipos de cinco, los más altos o gorditos eran siempre los porteros. Ninguno de esos niños fue mi compañero de escuela y rara vez nos

saludamos cuando nos encontramos en otro lugar. Pocas veces estuve en el equipo goleador. Casi siempre estaba en el que ganaba si había madrazos.

Cuidadito que te vea otra vez jugando con los marihuanos, decía mi mamá. Ideas suyas. Aquí ni marihuanos había. Acaso una bolita que se cooperaba para echarse una caguama banquetera cuando terminaba el partido. Eran los más grandes. Yo tenía 11 o 12 años. Qué me iba a arrimar a pedirles de su chela. No porque me diera miedo. No se me antojaba y ya. Parecían orines. Apréndase a limpiar el culo primero, chamaco pendejo, le dijeron a un compa que una vez les pidió.

Justo ahí, donde empieza el baldío, me sale un güey al paso. Desde que lo vi acercarse me pareció raro: no hace frío, pero trae una sudadera roja con capucha que le cubre la mitad de la cara. Cuando me doy cuenta ya lo tengo enfrente. Es de aquí del barrio y seguido lo topo, pero nunca a estas horas. Me va a atracar. Todavía ni me decía nada cuando yo ya estaba quieto. No es que le saque al parche, pero hay que ponerse listo. Primero ver qué. Total, qué ha de pasar, si no estoy manco. Ni está tan trabado el güey. Estamos igual de flacos.

Dame lo que traigas, dice.

Pues si ni traigo nada, cabrón, no ves que vengo caminando, ni para la combi traigo.

No dice nada, pero no se quita del paso.

No traigo nada, de veras.

No se mueve. Tampoco responde.

Ahí muere, carnalito, ahí muere.

Sabe que no le miento, pero esto no es lo que él esperaba. Lo imaginó mucho más simple: decir la frase, tomar el dinero, pelarse. Es bueno para trepar y se sabe bien la loma: siempre que se nos volaban los balones lo mandábamos a bajarlos de los árboles o de las azoteas.

Abre la mochila, cabrón, me dice, y le contesto que ni madres. Ni madres, carnal, le digo, y en buen puedo déjame ir. Mi celular es casi nuevo, ni madres que se lo iba a dar. Siento que me jala el hombro y le suelto el moquetazo. Entonces se deja venir. Se me clava en las costillas y nos trabamos un rato. Nos tiramos pocos golpes, todos al estómago y a la cara. Nos rompemos la boca, nos sale sangre de la nariz, pero pronto nos trabamos de nuevo. Resoplamos por el esfuerzo de empujarnos mutuamente. No se escucha nada más.

Al otro lado del baldío se abre una portezuela. De un auto viejo y largo surge una silueta oscura. Pienso en pedir ayuda pero no sé con qué palabras. ¿Auxilio, como en las películas? Solo se me ocurre gritar. Del auto surge otra silueta.

Ya quítale la mochila, pero apúrate, cabrón, grita la sombra.

Parece que le estás pidiendo permiso, agrega el otro, desde el asiento del conductor. Ambos ríen. Siento cómo el vientre flaco del chavo de la capucha se tensa como un tambor. Lo empujo con las dos manos por reflejo. El güey se cae. Intento echar a correr, pero me alcanza a jalar de la mochila. Se mete la mano en el bolsillo de atrás del pantalón. Ya valió madre, me dice, no hagas pendejadas. Levanta la mano derecha y el filo que aprieta en ella aparece blanquísimo ante mis ojos. No veo bien de noche, pero eso lo distingo muy claro. El motor del auto se enciende.

Si lo vas a picar, pícalo, pinche idiota, pero como vas, grita una sombra de nuevo, y la otra suelta la carcajada. Los ojos del asaltante se fijan en los míos, nuestras miradas se recargan una contra la otra, igual que nuestros hombros hace un rato. No sabe qué hacer y me mira como si yo pudiera decirle.

A mis espaldas surgen luz de faros y sonido de neumáticos. Ya viene la combi. El chavo avienta el filo sobre la tierra y huye hacia el auto viejo. Da grandes zancadas. Siempre fue bueno para correr, por eso era el que goleaba. Alcanza la manija de la portezuela, pero antes de que pueda abrirla el auto arranca. El cuerpo flaco rueda por el suelo mientras las sombras se alejan entre polvareda y carcajadas. Corro hacia él. Lo arrastraron un buen tramo y la ropa se le desgarró de un lado. La piel también.

La combi pasa junto a la virgencita, va a dar la vuelta. La alcanzo, le hago la parada y se detiene. Toco la ventanilla del copiloto y el pasajero que va en ese lugar la baja. Danos chance, nos acaban de asaltar, digo. El chofer me mira. Tengo sangre en la boca y el cabello revuelto. No dice nada, pero acepta con un movimiento de cabeza. Volteo hacia el baldío para llamar al herido, y entonces recuerdo que no sé su nombre. Él ya no está, de todas maneras. Pude haberlo buscado, pero estaba oscuro. No es que me diera miedo. No veo bien de noche.

VERACRUZ

para Daniel Camacho.

Yo nunca quise conocer el mar. La idea fue de mi papá: nos la anunció una noche, después de la merienda. Estábamos sentados a la mesa mi hermano Pablo, él y yo; mi mamá escuchaba de espaldas, mientras lavaba los trastes. El agua que caía en el fregadero hacía mucho escándalo, por eso mi papá tenía que hablar cada vez más fuerte, tanto que su voz llegó a sonar chillona como la de Pablo, que evitaba hablar porque ya le estaba cambiando. La noticia del viaje fue recibida con poco entusiasmo: mamá no volteó y Pablo siguió jugando con su Game Boy. Me sentí mal por mi papá y dije alguna de esas frases que se oyen en la televisión, algo como «fantástico» o «genial». Sonó ridículo. Él no pareció notarlo, sonrió como si mi entusiasmo fuera suficiente para confirmar que era una gran idea. Mi mamá cerró la llave del agua y dijo, muy seria, que iban a ser muchos gastos: no teníamos maletas ni ropa de playa. Mi papá no dijo nada; se reclinó en la silla y miró hacia otra parte, lejos del rostro de mi mamá, y dijo «ay» o «ash», como si hubiera querido combinar una queja y un gruñido. Los niños no conocen el mar, Elena, ya veremos cómo nos ajustamos, dijo, y entonces fue mi mamá la que volteó hacia otro lado y ya no respondió nada.

Era cierto lo que decía mi papá y además parecía una razón de peso: todas mis amigas habían ido de vacaciones a la playa y todas me preguntaban, al volver, si yo había ido alguna vez. Cuando respondía que no parecían asombradas: ¿Entonces no conoces el mar?, preguntaban, y me miraban muy serias. Luego me contaban los prodigios de sus viajes: hacer castillos de arena, saltar las olas, caminar en la playa para recoger conchitas, escuchar en las grandes y rosadas caracolas la réplica del oleaje. Todo lo que se veía en las películas y en los comerciales de hoteles. Había un montón de lugares donde yo no había estado, pero no conocer aún al mar parecía muy grave.

La verdad es que casi no salíamos. Cuando teníamos vacaciones en la escuela mi papá tenía que seguir yendo al trabajo. Para llevarnos al

mar pidió un permiso especial, difícil de conseguir porque en esas fechas todos querían salir, pero lo había logrado. Pasaríamos tres días en Veracruz. No nos sorprendió que el destino de nuestro viaje fuera ese: mi papá siempre hablaba de cuánto le gustaba ese lugar, y contaba tantas historias de allá como si ahí hubiera nacido o pasado los mejores años de su vida. Nunca se nos ocurrió preguntarle por qué le gustaba tanto o cuántas veces había ido. Cuando terminó de anunciarnos el viaje, se acercó a mi mamá. Mientras, ella se ponía crema en las manos para evitar la irritación que siempre le producía el jabón de platos. La tomó por la cintura y nos recordó que habían ido de luna de miel a Veracruz; luego le dio un beso en la mejilla, muy tronado. Ella no se movió ni dijo nada, aunque él la miraba fijamente. Se agachó para quitarse el delantal, doblarlo y guardarlo en una de las gavetas de la alacena. Él se rio como si nada y fue a sentarse al sillón donde cada noche se acomodaba para ver la tele. Mi hermano y yo lo alcanzamos, mientras mi mamá secaba los platos.

*

Esa semana fuimos al supermercado a comprar los trajes de baño. No había mucha variedad, así que terminé escogiendo uno rosa. También nos compraron unos flotadores del Capitán América que Pablo y yo tendríamos que compartir. No era nuestro héroe favorito, pero eran azules, por eso nos gustaron. Nunca habíamos intentado nadar, pero parecía sencillo: algunas veces vimos en la televisión a los competidores de las Olimpiadas arrojar los brazos como flechas y cortar el agua de albercas que brillaban como el celofán, un brazo y luego el otro, los pies moviéndose veloces como los peces más pequeños del acuario que estaba a la vuelta del colegio. Imitabamos esos movimientos sobre el edredón de la cama de nuestros padres o en el piso del baño, acostados de panza y moviendo brazos y piernas, imaginando el agua, cuando Pablo aún jugaba conmigo a las películas. Siempre que por alguna razón íbamos a la ciudad y pasábamos en el camión junto a la Unidad Cuauhtémoc, señalábamos la alberca y le pedíamos a papá que nos metiera a clases de natación. Muchas veces prometió inscribirnos a un curso de verano, pero cuando llegaban las vacaciones no había nadie que pudiera llevarnos. Se podría si tuviéramos coche, nos explicaba mamá cuando le insistíamos, y dejábamos de preguntar porque sabíamos que los coches eran caros. Saber nadar, de cualquier forma, no era tan importante: el único cuerpo de agua realmente grande que habíamos visto eran las presas donde pescábamos truchas, pero las cruzábamos en lancha, con chaleco salvavidas, y de todos modos no íbamos tan seguido.

Mis papás no se compraron nada para vestir en la playa: cortaron

sus viejos pantalones de mezclilla para convertirlos en *shorts* y empacaron algunas camisetas, junto con la ropa de calle que Pablo y yo usábamos en temporada de calor, en nuestras remendadas mochilas escolares de años anteriores. Una semana antes de salir de viaje yo contaba los días: más de una vez deshice las maletas para probarme de nuevo el traje, hasta que mi mamá me descubrió. Me regañó y subió las maletas a la repisa más alta de su ropero, mientras yo la veía desde abajo, parada junto al banco en el que se había subido. Pablo se acercó a nosotras y preguntó qué pasaba. Mi mamá le explicó. Mi hermano me dijo «tonta» con una risa muy rara, como de adulto. Luego se fue a su cuarto.

*

Llegaríamos a Veracruz en camión. Habría que viajar durante horas, y antes de eso esperar mucho tiempo en la terminal. Teníamos que abordar a las ocho de la noche pero salimos de casa después de comer, pues nos tomaría más o menos hora y media llegar a la Tapo y mi papá decía que había que estar ahí con anticipación. Cada uno se puso una mochila en los hombros y fuimos a la parada. Tomamos el camión que decía «Poli Vallejo» en el parabrisas. No había ningún asiento, así que gran parte del trayecto la hicimos de pie. Mi mamá se ponía nerviosa, nos pedía continuamente que nos agarráramos bien del tubo de los asientos cercanos, pues ni Pablo ni yo alcanzábamos el pasamanos. Cuando lo hacía, la gente nos veía con irritación: era obvio que estorbábamos. Yo intentaba simular que esas advertencias no se dirigían a mí, pero las enormes mochilas nos delataban. Lo peor era la voz de mi mamá, que sonaba como una corneta de hojalata y era más aguda cuando se ponía nerviosa. El resto del tiempo lo decía todo con el mismo tono y eso también me molestaba a veces, sobre todo cuando sonaba a burla. Mi hermano parecía no notarlo, quizá porque a él le hablaba con una voz cálida, casi sumisa.

*

Cuando llegamos a la terminal todavía faltaban un par de horas para que saliera nuestro camión. Todos estábamos fastidiados, pero mi papá decía que era preferible llegar con buen tiempo que perder el camión. Pablo se entretuvo con su Game Boy. Yo llevaba un libro para colorear y los Prismacolor que había pedido como regalo de cumpleaños. La mesa donde nos sentamos era realmente pequeña, así que no pude poner el libro y la caja de colores sin molestar a mi mamá. No empieces a hacer reguero, me dijo. Volteé a ver a mi papá. Creí que me defendería, pero leía el periódico y ni siquiera volteó.

Metí la caja de colores a mi mochila, pero dejé el libro sobre mis rodillas; con el dedo seguía el trazo de los dibujos en la hoja: la mejilla de Alicia, su boca abierta por la sorpresa y una mano que no alcanzaba a cubrir su gesto por completo; debajo, con letras negras, la frase que seguía en el cuento. «¡Ay Dios mío! ¿Qué es lo que he hecho?», se preguntaba Alicia, luego de haberse vuelto pequeñita. Mi mamá se abanicaba con un folleto que alguien había dejado allí. ¿Tienes calor?, le preguntó mi papá. Ella no le contestó. Había una televisión encendida en la que pasaban un programa de bromas grabadas con una cámara oculta, pero a nadie le hacían gracia porque estaban en silencio, igual que mi mamá.

El viaje en camión no fue tan malo: nos dieron cacahuates japoneses y nos pusieron una película. Me quedé dormida antes de que terminara. Todavía estaba oscuro cuando mi mamá nos despertó a Pablo y a mí: habíamos llegado. Dije que tenía frío y mi papá me contestó que era por la hora, que siempre hacía frío de madrugada, pero el chofer le dijo que era por el norte mientras repartía el equipaje entre los pasajeros. ¿Ya ves?, dijo mi mamá, dándole a cada quien su mochila. Mi papá me explicó que *norte* quería decir mal tiempo. Viento y lluvia. Yo pensaba que en la playa siempre había sol, respondí, y Pablo volvió a reírse de la misma forma extraña. Eso es porque eres muy tonta, dijo, y siguió a mi mamá, que ya se estaba subiendo a un taxi.

Mi papá había reservado una habitación familiar en un hotel cerca del malecón. Yo no sabía qué era eso, pero me dio pena preguntar. Al final supe que era como una calle con un piso de baldosas muy gastadas, que está junto al muro que detiene el mar. El hotel también era muy viejo y olía igual que la ciudad. Así huelen los puertos, me explicó mi papá, y decidí que eso me gustaba: un olor profundo como a una planta de sal que significara que el mar estaba cerca a todas horas. Cuando bajamos del taxi, las luces del alumbrado se reflejaban en las banquetas húmedas. Estaba muy oscuro, pero desde nuestra habitación se veía algo que brillaba debajo de la noche. Abrí la ventana y aunque estábamos en el séptimo piso se escuchaban las olas, que suenan como las sábanas cuando uno las sacude para tender la cama, pero mucho más fuerte. Entonces entendí por qué una lectura del libro de Español decía que las olas rugen. Quería seguirlas oyendo, pero mis papás dijeron que tenía que dormir.

*

Al despertar, fuimos a desayunar a un restaurante donde nos sirvieron un café con leche muy sabroso. Es porque este es café de verdad, dijo mi papá, y era cierto que sabía diferente del que

tomábamos en casa. Mi mamá nos dejaba darle un sorbito a su taza de vez en cuando, porque los niños no debían tomar café, pero en Veracruz nos dejaron pedir una taza cada quién. Mi papá nos contaba historias de cuando eran jóvenes y fueron juntos, que ya habíamos escuchado muchas veces. Mi mamá parecía muy entretenida todo el tiempo: se concentraba en leer el menú, o en ver la televisión con las noticias del canal local. Quería ver el pronóstico del clima, decía. Mi papá intentaba integrarla a su conversación, pidiéndole que confirmara todo lo que nos estaba contando: Aquí desayunamos todos los días en nuestra luna de miel, ¿verdad, Elena?; nos encantaba ver a los viejitos bailar danzón en el parque, ¿verdad, Elena?; lástima que hace frío porque hay unas nieves muy ricas, la favorita de su mamá es la de mango, ¿verdad, Elena?; por las tardes salíamos a pasear por el malecón y la gente nos detenía para decirnos que hacíamos bonita pareja y desearnos que fuéramos muy felices, ¿verdad, Elena? Pablo y yo volteábamos a verla, por si decía algo, pero no se veía tan alegre como mi papá. Tampoco se veía triste. Solo hacía mjú, sin abrir siquiera la boca, y seguía alisándose el cabello con la mano, sus ojos colgados del televisor.

Lo cierto es que el cielo estaba nublado y todo se veía más gris de lo normal: el asfalto de la calle, el concreto de los muros o las banquetas. Las vacaciones debían ser de colores; además, no parecía que estuviéramos en la playa porque traíamos puestas las mismas chamarras con las que habíamos salido de casa. El viento era tan fuerte que caminar contra él era muy difícil: sentía que tenía que empujarlo para avanzar. No todos los negocios estaban abiertos y había poca gente en las calles. Mi mamá se ponía nerviosa con el ruido que hacía todo al agitarse: los anuncios de los locales y hoteles, las cortinas de metal, las ventanas. Decía que nos metiéramos a algún lado, que nos podía caer un letrero encima, o un árbol trozado. Mi papá me soltaba la mano para intentar abrazarla, pero ella le pedía que la dejara. Él se reía, pero a propósito, y se le notaba. Entonces a mí me daban ganas de ir a abrazarlo; no lo hice porque no quería que supiera que yo me había dado cuenta de que en realidad se reía porque estaba triste.

Ese día fuimos a un edificio viejo que había sido una cárcel. Un guía nos contó muchas cosas que habían sucedido allí, pero sonaba como si nos estuviera dando clase, así que me aburrí pronto. Lo único que me gustó fue la historia de una mujer muy bonita a la que encerraron porque la gente pensaba que era bruja, pero ella se escapó en un barquito que dibujó en la pared de su celda con un pedazo de tiza. Le pregunté a mi papá qué era tiza y me dijo que era otra forma de decirle al gis. También fuimos al acuario. Estaba casi vacío. Había peces y tortugas, pero lo mejor fue ver a los tiburones desde un túnel:

nadaron por encima de nosotros y pude ver sus dientecitos. Eran como los de las caricaturas. Al salir pasamos por la tienda de regalos y mi papá nos preguntó si queríamos llevarle algo a nuestros amigos. Pablo dijo que no y prefirió esperar afuera. Yo escogí calcomanías para mis amigas y un tiburoncito de peluche. Mi papá compró varios ceniceros iguales, para sus jefes. ¿Y a la jefa no le vas a llevar nada?, le preguntó mi mamá. Él me dijo que fuera a hablarle a mi hermano. Sonaba enojado.

*

El segundo día lo pasamos casi completo en el hotel. Desayunamos en el restaurante que estaba en la planta baja, regresamos a la habitación y horas después salimos a un restaurante muy cerca de ahí. Mi papá no quería irse sin comer pescado y mariscos, aunque solo a él le gustaban. Nosotros ordenamos milanesas con papas fritas. Él nos hacía preguntas sobre el viaje: que si nos había gustado el fuerte, que si vimos bien a los tiburones, que si estábamos seguros de que no habíamos olvidado comprarle regalo a alguien. Solo yo le contestaba, y luego ya ni siquiera yo: estaba cansada. Nunca habíamos pasado tanto tiempo tan juntos: extrañaba mi cuarto a solas, escribir en mi diario, escuchar el radio, colorear, ver la tele. Cuando volvimos a la habitación hice algunos dibujos, pero no era cómodo ni divertido. Sentía que mis papás y mi hermano podían escuchar hasta lo que pensaba, por eso me esforzaba en no pensar cuánto deseaba no estar con ellos. Prefería asomarme a la ventana, pero debajo de las nubes y del cielo gris las olas eran lacias y tristes. Casi acabábamos de entrar al cuarto cuando mi papá nos dijo que iba a salir a fumar. Te acompaño, dijo mi mamá, pero él respondió que no nos podían dejar solos, que no se tardaba. Mi mamá le dijo: aquí hay teléfono. Él salió tan a prisa que se le olvidaron los cigarros. Quise hacerle un dibujo del mar para cuando volviera, pero ninguno me quedaba bien. Mi mamá se sentó junto a mí, y me preguntó qué hacía. Le expliqué mi problema. Dijo que no era mi culpa que los dibujos no fueran bonitos, que la culpa la tenía ese lugar horrendo. ¿No te gusta Veracruz, mamá?, le pregunté. Me dijo que no le encontraba ningún chiste, que era Atizapán con mar.

*

El día que teníamos que viajar de regreso salió el sol. El cielo amaneció claro y mi papá dijo que aprovecharíamos un poco de playa. Nos pusimos el traje de baño debajo de la ropa y tomamos un taxi. Llegamos a desayunar a un Vips que estaba a pie de playa. Pablo y yo

pedimos *hot cakes* y nos los comimos lo más rápido que pudimos. Él quería ir a la sección de revistas de la tienda para buscar una sobre videojuegos que compraba cada mes. Yo quería salir a conocer el mar, esta vez de cerca, azul y soleado como en la televisión. Me llevé la cámara de mi papá: le quedaban veinticuatro fotos, el rollo completo. Enfoqué el cielo, clic, el mar, clic, unos pájaros que volaban sobre mi cabeza, clic, el ventanal del restaurante junto al que estaban sentados mis papás tan concentrados en su plática que no se dieron cuenta, clic. Quería una foto mía con el mar, pero me daba pena pedirle a alguien que me la tomara y me daba pena que me vieran tomármela sola. Caminé un poco más por la playa, hacia un lugar donde hubiera menos gente. Todavía alcanzaba a ver a mis padres a lo lejos; ya no hablaban, parecían más tristes en el día soleado que cuando había norte.

En cuanto volvimos a casa llevé el rollo a revelar y esperé impaciente la fecha de entrega, pero cuando al fin las recibí eran solo rectángulos blancos o grises con algunas manchas de color; nada se distinguía con claridad en ellas. Mi papá me explicó después que debía tomar las fotos con el sol siempre a mis espaldas y que había que tener cuidado de que ningún dedo tapara la lente. Fue una gran desilusión: esperaba poder enseñárselas a mis amigas en la escuela. Cuando me las entregaron en el sobre amarillo la primera que busqué fue mi autorretrato con mar: abajo, del lado izquierdo, se ve mi cabello revuelto por la brisa y el inicio de mi frente. Detrás de mi cabeza, solo el cielo.

PRIMER DÍA

La clase era a las siete y faltaban diez minutos. En medio del patio, entre las jardineras y los edificios chaparros de la prepa, Memo se sintió perdido. Dejó el portafolio en el piso un momento para abrirlo y buscar su horario. Decía que había clase de Física a las siete con Pedroza Ramírez Víctor Hugo en el salón H3. Hubiera querido preguntar dónde era, pero no conocía a nadie. No solo eso: todos le parecían muy extraños. No vio a nadie como él: con el casquete corto de la escuela militar, camisa limpia y zapatos relucientes. En los pasillos tampoco había prefectos dando indicaciones, ni chicharras que indicaran los horarios. Aquí estaba solo.

Eran las primeras horas de la mañana, pero aún parecía de noche. El patio estaba iluminado por luces blancas, como las de la calle. Hacía frío, no de estación, sino de día rompiendo. A mediodía le molestaba tener que cargar con su chamarra, pero a las siete de la mañana, con los poros del cuerpo erizados, atentos, punzados por el aire helado, se alegraba de que fuera tan abrigadora. Caminó para buscar su salón. Lo encontró. Estaba vacío.

Dudó un momento antes de entrar: había oído cosas. Un vecino le había contado la historia de algún amigo o primo que vio cómo los porros golpeaban a un chico dentro de un salón solo por ser nuevo. Decía que el muchacho estaba amarrándose las agujetas junto a su pupitre cuando escuchó un grito y luego, en el piso y las paredes, un temblor veloz de pasos que se acercaban; una carrera corta, pesada, que terminó con un montón de chavos bloqueando la puerta con el escritorio del profesor, para proceder de inmediato con la lluvia de madrazos que cayó en la cara-el cuerpo-las piernas-los güevos-el alma del pobre cabrón. Según el vecino, sacaron a ese chavo del CCHy lo metieron en una de paga, que porque era mucho riesgo. A ver cómo te va a ti, le dijo sonriendo. A ver, respondió él.

Había que estar atento. Evitar los peligros más obvios. Ir al salón, terminar las clases, salir de ahí. Era simple. Con el tiempo se acostumbraría. Dejaría de ser nuevo y ya nada lo amenazaría. Mientras tanto tenía que aguantar. Eso pensaba cuando comenzaron a llegar sus compañeros y pudo entrar. No quería llamar la atención, así

que se sentó en la butaca más cercana a la puerta; era un buen lugar: lejos del profesor, pero aún en la fila del frente. Podría recargar la cabeza en la pared si se aburría. No tendría que involucrarse con los bravucones de la clase, que seguramente se sentarían en las filas de atrás. Podría salir rápido, si fuera necesario. Le gustaba su elección. Respiró tranquilo; sacó un cuaderno y un bolígrafo negro de su portafolio y luego lo puso en el piso, junto a su pupitre. Anotó la fecha: era agosto. Puso también en una esquina el nombre de la materia, Física, y el del profesor, Víctor H. Pedroza. Ya pasaban de las siete.

El salón era grande pero no tardó en llenarse. El profesor llegó veinte minutos tarde. Se presentó con una voz aguda, seguramente inaudible para los que estaban más allá de la tercera fila. Era viejo y se notaba aburrido. Recitó el temario del semestre, dijo cómo iba a calificar y se fue del salón veinte minutos antes de lo que indicaba el horario. Los compañeros conversaban, aparentemente se conocían de antes o no era la primera vez que tomaban el curso. Algunos de ellos explicaban a otros que Pedroza era buen profe, que sabía mucho, que decían que había trabajado en la NASA, pero que regresó porque su mamá enfermó y no había quién la cuidara. Qué friega, mano, decía uno; el otro contestaba que sí, que estaba cabrón, que por eso el tal Pedroza era más bien manga ancha, le daba lo mismo la vida, la clase, la escuela y sobre todo los alumnos. Iba, explicaba los temas, dejaba algunos problemas, calificaba unos cuantos al azar. Había que tenerlos resueltos, y bien hechos, porque si te tocaba que te revisara y estaban mal te ponía el ojo, no se acordaría de ti si el problema estaba bien, pero si estaba mal se aprendería tu nombre, recordaría en qué te equivocaste y te revisaría el cuaderno en cada clase hasta que terminara el semestre, o hasta que se agarrara de bajada a alguien más. Como los grupos eran grandes podías correr con suerte: se decía que algunos pasaban la materia sin que Pedroza viera sus cuadernos ni una sola vez: tenías MB sin saber nada de Física. Así aprobaba la mayoría. Por eso muchos metían esa materia con Pedroza. Nada más había que asistir.

Decidió ir al baño antes que empezara la siguiente clase. Total, tenía tiempo de sobra. Quiso dejar el portafolio en el salón, pero le faltaba confianza. Le aconsejaron también ser cuidadoso con esas cosas en el CCH; no debía cargar objetos de valor porque había pandillas que asaltaban dentro de la escuela o en los alrededores, o en el metro, o en el camión. La discreción era la clave: no llevar billetera, sino el dinero justo para los pasajes y un refresco, escondido si era posible. Él únicamente traía en su portafolio un cuaderno y un libro, pero de todos modos lo llevó consigo.

El baño de hombres estaba en el piso de arriba. Cuando llegó, la

pequeña pileta de cemento que hacía de mingitorio común estaba totalmente ocupada. Esperó con el portafolio bajo el brazo para evitar ponerlo sobre el suelo encharcado por una fuga de origen incierto. Prefería estar lejos del agua sucia, así que buscó un espacio en la orilla más seca de la pileta. Cuando finalmente pudo orinar estaba solo. En cuanto el chorro comenzó a salir se distrajo leyendo las pintas en las paredes. Se preguntaba a qué hora alguien haría eso, con qué tiempo, si nadie se había dado cuenta, cuál sería el castigo, si los responsables lo habrían recibido y, sobre todo, cuánto tiempo llevarían esas pintas ahí o por qué nadie las borraba.

De pronto, el ruido del muro del baño retumbando y luego el de pasos fuertes y veloces que se acercaban, como el inicio de una granizada. Como pudo se guardó el pito y se metió en una de las mamparas, la del fondo. El espacio era pequeño y la taza estaba llena de excremento y orines, pero se encaramó en ella para que nadie se diera cuenta de que estaba ahí. Oyó entrar a cuatro o cinco güeyes. Hablaban y reían mientras él trataba de mantener el equilibrio y aguantar la respiración. Aparentemente nada más iban a orinar; mientras lo hacían intercambiaban información sobre sus salones, horarios y profesores. Todos eran de quinto semestre. Ninguno parecía ser porro. Al poco rato salieron corriendo y empujándose, con la misma granizada de pasos con la que entraron.

Cuando bajó de la taza y extendió las piernas, notó que se había salpicado un poco por la prisa. Ya eran las nueve, pero no podía volver al salón así, mojado y oliendo a meados como un escuincle, así que se quedó ahí, a esperar que su pantalón se secara. ¿Cuánto tardaría eso? No sabía cómo calcularlo: justo a la altura del cierre se extendía una mancha grande y oscura que no dejaba lugar a ninguna duda. Nadie pensaría que se había salpicado al lavarse las manos o que se había tirado café encima. Y el olor. No podía hacerse de esa fama desde el primer día.

No había opción: tenía que irse de ahí sin ser visto. Podía esperar a que fueran las 9:30 para salir de la escuela mientras sus compañeros estuvieran en el salón, pero temía que alguno llegara tarde y lo encontrara en el patio o, peor aún, que hubiera un vigilante en la salida que lo obligara a regresar, no sin antes llamar a sus padres para decir que intentaba fugarse: matar clase el primer día, una vergüenza. Solo quedaba esperar parado a solas en el baño, o encaramarse si venían los porros y había que esconderse. Mejor que no.

El ruido que se colaba desde los pasillos y jardineras por las rendijas del baño fue disminuyendo hasta apagarse. Habrían pasado cinco, diez minutos cuando dejaron de oírse voces; quedaban solo los pasos, frecuentes al principio y más espaciados después. Poco a poco el silencio se fue haciendo tan amplio que se oían las gotas al caer

desde los grifos y el agua pasando por las tuberías. Le pareció que habían transcurrido tantos minutos que tal vez ya sería de noche y todos se habrían ido, que al salir todo estaría tan oscuro como cuando llegó, pero que no podría volver a casa porque ya no habría camiones, y el pinche pantalón que todavía no se secaba, y su maestro de Lectura seguro ya habría pasado lista.

Otra vez ruido de pasos. Alguien había entrado al baño arrastrando un bulto, lo adivinó por el ruido. Lo más rápido que pudo, subió los pies a la taza hasta quedar encima de ella, acuclillado. Una voz de hombre preguntó: ¿Hay alguien? Silencio, sudor frío, respiración contenida; si era un porro intentando esconder algo —una mochila robada, tal vez— no le convenía atestiguarlo. No había más opción que resistir. Pero el recién llegado no era ningún novato: entró, uno por uno, a todos los cubículos, hasta llegar al del fondo. No se abrió. De nuevo la pregunta, «¿hay alguien?», pero esta vez era más una afirmación. Golpes insistentes en la puerta, era claro que no iba a rendirse.

Sal, chavo, dijo el perseguidor con calma, pero también con autoridad. Memo iba a bajar del retrete cuando sintió la humedad tibia en su entrepierna. En ese punto, era lo de menos: estaba a punto de enfrentar lo ineludible, el destino reservado a los niños fresas que se metían a prepas de gobierno.

Al salir de su escondite, encontró el piso del baño seco y, mechudo en mano, a un afanador, acaso un par de años mayor que él.

Tssss, te orinaste todito, chavo.

Memo vio su rostro en el espejo, primero pálido y luego escarlata y salió apurado, cubriéndose la entrepierna con el portafolio, con el eco de una carcajada tras de sí.

MISIÓN: CUBA

Para Juan, mi hermano gemelo.

Por las tardes la luz del sol cruza los ventanales de la sala, sus cortinas de hilo, y cae sobre los pies de mi papá, que se quita las pantuflas para ver *Bonanza*. Yo me siento a su lado al volver de la universidad y mi mamá nos sirve la comida frente al televisor. Luego cambiamos al canal nueve para ver películas mexicanas en blanco y negro, comedias o dramas o tramas policiacas que suceden en la ciudad. Si dan alguna de Pedro Infante o Jorge Negrete se apaga la tele; a mi papá le gustan los vaqueros, pero no los charros.

Veíamos *Días de otoño*. Don Albino parecía a punto de descifrar el enigma detrás del comportamiento esquivo de Luisa cuando un corte informativo interrumpió la programación: Celia Cruz había muerto. Las imágenes de sus admiradores llorando en las calles de Miami al compás de un guaguancó me recordaron de inmediato ciertos días extraños de mi niñez, cuando mi padre fue un agente encubierto y mi hermana Katia y yo nos convertimos en espías.

Todo comenzó una mañana en que el teléfono amarillo de la sala sonó a una hora inusual. Katia y yo comíamos el cereal con leche que nos servía mi mamá antes de mandarnos a la escuela, y en cuanto escuché el timbre corrí a contestar.

¿Bueno?

¿Katia?

No, Nadia.

A Katia y a mí nos confundían todo el tiempo, no solamente en el teléfono, aunque en realidad no nos parecíamos tanto: Katia era delgada y miedosa; casi no hablaba, y cuando lo hacía se le asomaban unos dientes largos, como de conejo. Mis dientes, en cambio, eran chatos y pequeños, como de ratón, y no se veían nunca, aunque yo no parara de hablar. Pero las dos éramos morenas y usábamos el pelo largo y suelto porque nunca nos dejábamos peinar; además, éramos casi del mismo tamaño y nos vestían iguales. A mis tías les gustaba decir que parecíamos gemelas, a pesar de que todas sabían que mi hermana era dos años mayor.

Ah. Hola, nena. ¿Me pasas a tu papá?

¡Papá! ¡Te habla Heberto!

Por el auricular escuché a mi papá saludar a su jefe y pedirme que colgara. Había contestado en el teléfono de su recámara. Volví a la cocina; Katia ya había terminado su tazón de Zucaritas. Minutos después bajó papá y le dijo algo al oído a mamá. Ambos sonrieron.

Secreto en reunión, mala educación, dijo Katia, imitando a nuestra abuela, que nos regañaba siempre por cuchichear.

Su papá va a ir de viaje, nos explicó mi mamá.

¿A dónde?

A Cuba.

Nosotras nunca habíamos oído hablar de ese lugar y teníamos muchas preguntas. Pero papá no quiso responder ninguna. Dijo que su viaje a Cuba era una misión secreta.

Ese día busqué a Katia en el recreo. Comía su sándwich sentada junto a la estatua de Miguel Hidalgo, mientras sus amigas saltaban la cuerda. Quería saber si también a ella le daba curiosidad lo que había sucedido en la mañana, la idea de que mi papá iba a tener un viaje mágico y misterioso, como el de los Beatles. Katia volteó los ojos porque no le gustaban los Beatles ni tampoco meterse en problemas, y sabía que yo iba a insistir hasta lograr lo que quería. Así fue que terminamos, minutos después, escabulléndonos en el salón de cuarto grado, el único que tenía un globo terráqueo con nombres. Nos tardamos en encontrar Cuba porque era como una briznita verde perdida entre el azul del mar. No estaba tan lejos como lo habíamos imaginado. La chicharra sonó y volvimos a clase: Katia tenía que aprender a dividir, porque ya iba en tercero; mientras que yo todavía practicaba las sumas y las restas. A veces yo quería ser como ella, pero pronto me resigné a que siempre sería dos años más lista que yo.

Esa tarde, cuando terminamos la tarea, en vez de salir a echar carreritas en su bici y mi triciclo, a Katia se le ocurrió una idea. Mientras mamá veía las telenovelas, nosotras husmearíamos en el librero de papá. Nunca nos dejaba tomar nada de ahí, porque decía que podíamos ensuciar o maltratar algo, así que prefería leernos en voz alta. Cuando Katia ganó el concurso de lectura de rapidez, le gustaba que hiciera demostraciones de sus habilidades delante de sus amigos políticos; solo entonces la dejaba sostener por sí *mismaNoches blancas*, de Dostoyevski. Casi todos los libros de papá estaban escritos por gente con nombres que nos parecían muy raros, y hablaban de muchachas rubias llamadas como nosotras: Katias o Nadias o Irinas o Natashas. El resto eran bloques anchos e idénticos, todos con las palabras código o derecho en el título: código civil, código penal, derecho mercantil, derecho internacional. Nunca supimos quién

escribía esos libros, pero no parecían hablar de muchachas tristes que esperan a alguien en un puente o preparan té en un samovar.

Heberto era el amigo de papá que más iba a la casa. Se conocían desde niños y, cuando él se convirtió en diputado y luego en presidente municipal, mi papá lo empezó a asesorar en sus asuntos. Eso decían. Llegaba Heberto: Sergio, te traigo un asunto, y se sentaban junto al librero a tomar cubas. Nosotras espiábamos esas conversaciones y yo le preguntaba a Katia en voz muy baja qué era un asunto y por qué le decían así a la Coca-Cola.

¡Shhhh!, respondía mi hermana sin dejar de mirar a los grandes, pero yo nunca olvidaba mis dudas. Todo parecía extraño, sospechoso, como decían en las películas al observar las huellas de un misterio. En las caricaturas, el Inspector le decía a Dodó que debía decir *oui* y no sí. Pensé que tal vez así funcionaba el mundo del espionaje: cambiando los nombres de todas las cosas para darles una identidad secreta.

Lo que Katia buscaba en el librero esa tarde era la Enciclopedia Salvat. A veces mi mamá la usaba para ayudarle con sus tareas sobre las fanerógamas, las criptógamas, la estepa, el desierto, la Vía Láctea. Cualquier cosa que la profesora hubiera escrito en el cuaderno de mi hermana, mi mamá lo descifraba como un mensaje en clave, y lo interpretaba usando alguno de esos libros largos de pasta roja y firme. En el tomo tres encontramos la verdad: papá visitaría una isla del Caribe cuya capital era la ciudad de La Habana, organizado en 15 provincias y un municipio especial, y gobernado desde 1965 por Fidel Castro, líder del Partido Comunista de Cuba. Aparecían muchas fotos, varias de ellas de Fidel a diferentes edades, en las primeras rodeado de hombres tan barbones como él. En la última hoja de mi cuaderno de Español escribí: la habana fidel castro comunista. Luego devolvimos la enciclopedia a su lugar, guardamos nuestros útiles y salimos a jugar.

Pasé muchos días intentando descifrar la relación entre esas palabras y otras cosas que yo consideraba evidencias: la botella con una etiqueta negra con la palabra Havana, que mi hermana y yo teníamos prohibido tocar; la frecuencia con la que los amigos de mi papá mencionaban su trabajo en un partido, el PRI, que también había gobernado al país desde la Revolución, igual que el de Fidel. Lo que más me intrigaba en aquel entonces era precisamente que el prócer de nuestro pueblo también se llamaba Fidel, pero no se apellidaba Castro, sino Velázquez. Había nacido aquí y se había vuelto muy importante; la explanada municipal tenía una placa con su nombre y su fecha de nacimiento, y decían que era un líder. Mi abuelo nos contaba que lo había conocido cuando era niño y repartía leche por todo el pueblo montando en un burrito. Todo parecía estar claramente conectado y pronto me convencí de que mi papá era un agente internacional, como el Santo, o como el Super Agente 86, pero hábil y sin zapatófono. Su

identidad podía ser la razón por la que vivíamos en un lugar tan alejado de los cines y de los supermercados, y por la que salíamos tan poco.

Yo le decía todas estas cosas a Katia por las noches, antes de dormir, cada una en su cama, aunque nunca me tomó muy en serio. A mí el comportamiento de mi papá me preocupaba cada vez más: pasaba los fines de semana escuchando extrañas canciones que hablaban de comandantes y revoluciones, de un animal de galaxia, de matar canallas con un cañón de futuro; a veces mamá y él bebían cubas y bailaban tonadas distintas, pero también sospechosas, donde se hablaba de La Habana, de Santiago y de unos cantantes. A mí me parecía obvio que se referían a los que soltaban información en los interrogatorios, como sucedía en *Los Intocables*, la serie preferida de mamá. Yo le señalaba a Katia todas estas cosas, pero ella no me hacía ningún caso.

Las cosas cambiaron cuando mi papá se empezó a dejar la barba. Conforme la fecha de su viaje se acercaba, la mitad de su rostro se volvía oscura y extraña. Era como vivir con un desconocido. Entonces Katia aceptó que había algo raro en todo eso, pero ninguna de las dos sabía cómo descifrarlo. Recordé que en las películas para resolver los enigmas había que seguir al sospechoso, observar su rutina con atención. Katia me dijo que no podíamos hacer eso, porque era imposible faltar a la escuela, así que tuvimos que conformarnos con espiarlo solamente en la casa.

Nuestros días de espionaje fueron pocos y no parecían revelar nada importante. Mi papá era un tipo monótono: se levantaba a la misma hora, tardaba siempre lo mismo en bañarse, no desayunaba, comía en la oficina, al volver del trabajo cenaba tacos del guiso que mamá hubiera hecho por la tarde, veía las noticias de Jacobo Zabludovsky y se iba a dormir. Después de cenar y antes de subir a su recámara se acercaba a su librero, acomodaba algo que no alcanzamos a distinguir porque estaba en el estante más alto, y nos acariciaba la cabeza al notar que lo veíamos.

¿No tienen sueño? Lávense los dientes y váyanse a dormir.

Nosotras obedecíamos al agente barbudo con la respuesta habitual: Sí, papá.

Casi habíamos desistido de nuestra investigación, cuando una noche lo escuchamos salir de su cuarto a deshoras. Sin decir palabra, Katia y yo nos levantamos de la cama y caminamos de puntitas para seguirlo. Nos asomamos a la sala desde el descanso de la escalera para que no pudiera vernos. Todas las luces estaban apagadas, excepto el foquito del botón de encendido del radio y una llama anaranjada, pequeña e intermitente.

Huele raro, dijo Katia.

A humo, respondí.

¿Niñas?

La flamita se apagó de pronto y nosotras volvimos deprisa a nuestro cuarto.

No cabía duda: la clave del misterio tenía que estar en la repisa más alta del librero. Lo veíamos guardar algo ahí cada vez con más frecuencia, y cuando le preguntábamos qué era se negaba a contestar, excepto por una vez: el día que le entregaron el pasaporte. Nos mostró las pastas verdes con el escudo nacional, su foto, seria y sin barba, en la primera página, y luego el montón de hojas en blanco para los sellos de todos sus viajes, nos explicó. Según él, era muy difícil conseguir un documento de ese tipo, pero sus amigos del partido le habían ayudado para que pudiera ir a Cuba.

Papá, ¿los del PRI son comunistas?, pregunté.

No.

¿Y tú?

Sí, dijo él, y luego se echó a reír.

Mamá le pidió, risueña, que no nos dijera esas cosas y por un momento me pregunté si ella también sería parte de la intriga internacional. Luego él la tomó de la cintura y comenzaron a bailar mientras él tarareaba que quería saber de dónde eran los cantantes. Decidí que descubrir la verdad era urgente.

Aprovechamos una tarde en que mi mamá estaba planchando y papá no había vuelto de la oficina todavía para realizar la parte más peligrosa de nuestra misión. Tomamos una silla del comedor y la pusimos junto al librero. Me subí, decidida a descubrir lo que ocultaba mi papá, mientras Katia cuidaba que mamá no nos atrapara, pero ni siquiera trepada en la silla alcancé la repisa. Llamé a mi hermana para que lo intentara y ella lo hizo, aunque con temor. Ella también era demasiado pequeña para lograrlo. Decidimos apilar nuestras mochilas sobre la silla, unas Samsonite enormes y horrendas, con forma de baúl. Katia volvió a subir y lo logró por fin: frente a sus ojos encontró un maletín negro, con cierre, como el de los médicos de las películas viejas. Le dije que lo abriera y lo hizo con cierta dificultad. Se paró de puntillas para observar el interior. Dio un gritito ahogado y se tapó la boca. Le pregunté qué había, pero cuando volteó a verme perdió el equilibrio y se cayó. En el piso aguamarina de la sala estaba mi hermana, su pelo extendido bajo su cabeza, mojado de sangre.

Mamá escuchó el golpe y vino corriendo a donde estábamos. Llamó un taxi por teléfono y terminamos en una sala de urgencias. A Katia le cosieron la cabeza: la vi salir del consultorio del doctor con una gasa entre su pelo negro, pálida y con los ojos llorosos. Volvimos

a casa y papá ya estaba ahí. Nos preguntó qué estábamos haciendo, pero no contestamos. Esa noche, antes de dormir, le pregunté a mi hermana si le había dolido mucho descalabrarse y dijo que al principio no, pero después, cuando me vio llorando, se dio cuenta de que sí le dolía. También le pregunté qué había en el maletín negro. Me dijo que había dólares atados con ligas, como en los maletines de los mafiosos a los que perseguía Eliot Ness.

Un par de semanas después papá finalmente se fue a Cuba. Volvió en tres días y durante un tiempo habló a todas horas de eso, de las calles empedradas y los edificios viejos, de los autos clásicos bien conservados, de la gente alegre que lo llamaba chico y de cómo todos le pedían dinero o comida y le hablaban de las carencias que padecían a causa de lo que había sucedido en Rusia. Quise preguntar qué había ocurrido, pero recordé cómo había terminado mi investigación anterior y preferí no hacerlo. De todas formas, las historias de papá eran tan terribles que ya no estaba segura de querer saber algo: según él, La Habana estaba llena de policías encubiertos que arrestaban a cualquiera que dijera algo contra el gobierno; la gente se tiraba en lanchas al mar para ir a los Estados Unidos porque estaba en los huesos y ya no aguantaba el hambre. En medio de la tragedia cubana y de su misión secreta se había hecho tiempo para comprar regalos: libros de cuentos para nosotras, cigarros para Heberto y una muñeca de barro para mi mamá. Con el tiempo se quitó la barba y dejó de fumar en la oscuridad y cuando nos dimos cuenta ya estaba convertido en un señor testarudo de anteojitos redondos. Katia y yo dejamos de parecer gemelas, de ser niñas y de jugar juntas. Ya ni siquiera vivimos en la misma casa porque Katia se casó y pronto será mamá.

La luz de la tarde palidece y Don Albino está de nuevo en la pantalla. Luisa continúa siendo ante él una muchacha desamparada e inocente, su secreto está a salvo, y mi papá sigue la intriga con interés aunque hayamos visto esta película diez veces. Alrededor de sus ojos y su boca las huellas de sus gestos habituales se han hecho profundas, pero su pelo sigue negrísimo, sin canas. Sus amigos políticos fueron dejando de visitarlo y él perdió de a poco la ambición y la virulencia; ya retirado, lleva una vida apacible que gira casi toda en torno a la televisión. No era mi intención perturbarlo, pero consideré que ya era lo suficientemente mayor para comprender. Después de todo, él tenía apenas unos años más que yo cuando se vio implicado en aquella intriga internacional.

Se lo pregunté directamente pero aún con miedo.

Papá, ¿a qué fuiste a Cuba cuando yo era niña?

La manera en que formulé la pregunta era torpe: después de ese

viaje no volvió a ir allí o a ningún otro país. Él me miró de lado y se rio con media risa, burlona y corta, un chasquido apenas, como cuando era joven. Hizo un silencio sin dejar de ver la televisión. Pensé que preparaba su respuesta, pero en cuanto Don Albino descubrió las ingenuas mentiras de Luisa, su atención volvió a la película. Media hora después parecía haber olvidado mi pregunta por completo. Eran casi las seis de la tarde y ya no había luz en las ventanas; le dije que tenía que hacer tarea y me fui a mi cuarto.

XV

Estaba lista: ¿fiesta o viaje?: viaje. A donde sea, pero sola. Que haya mar: California, Malibú, Florida. Semanas atrás, Gina me había acompañado a comprar un traje de baño. Dos piezas, colores brillantes. Estaba escondido debajo de mi colchón: de encontrarlo Nico seguro se lo enseñaba a mi papá y a Martha. Otro pleito ridículo, como el de los *shorts*. ¿Qué tenían de malo? Todas los usan. Pero igual papá salió de mi cuarto azotando la puerta y me castigó el celular. No sé si fue por los *shorts* o porque lo llamé tirano y le dije que lo odiaba.

Era sábado. Salimos a desayunar al restaurante de siempre. Mi papá ha ido cada semana, desde que llegó a El Paso. Cada vez que vamos nos cuentan a Nico y a mí la misma historia: que ahí se conocieron. Papá era fanático de los Cowboys y Martha era mesera. Él llegaba los lunes en la noche si jugaba su equipo y era el único que no bebía, «Porque llevaba a su nena», dicen al unísono. Todavía me llaman así. No me gusta, excepto cuando cuentan esa historia y él sonríe.

Entonces lo anuncian. Tenemos una sorpresa. Es Martha la que habla, en realidad. Tenemos una sorpresa, ¿verdad, Mando? Papá gruñe. Mira atentísimo sus *pancakes*. Les unta mantequilla con todo cuidado, como si fueran los primeros que come en su vida, o los últimos. Martha saca un sobre de su enorme bolso de imitación piel. *Happy birthday, nena*, dice al entregármelo, aunque faltan tres meses. Papá pone más mantequilla en su cuchillo. Vuelve a untar.

What's that, mommy?, pregunta Nico.

No sé, *baby*, dile a tu hermanita que lo abra.

Son boletos de avión a nombre de Ms. Isela Quiroz. Destino: Mexico City. Miro a papá: en silencio dibuja sobre sus *pancakes* círculos de miel.

*

Gina me había pedido prestado el libro de *Science*, así que puse el boleto de avión entre las páginas para que lo encontrara y me preguntara. Cuando me lo devolvió no parecía impresionada, ni

siquiera cuando me escuchó decirle a las demás que iba a viajar sola a otro país.

México no es otro país, dijo, yo cruzo con mis papás cada domingo para ir a almorzar.

Sí, pero yo no voy a Juárez, sino al De Efe, aclaré.

Ella dijo que era igual y sentí una manchita en el ánimo. No es cierto, insistí, aunque no podía saberlo: era la primera vez que iba. Como fuera, Gina nunca había volado, ni a México ni a ninguna parte. Y, a diferencia de mí, no lo haría pronto. Ella pidió quinceañera, como todas; yo la acompañaba a veces a las reuniones que tenía en el Starbucks de Misiones con el planificador de fiestas que su mamá había contratado. La mamá de Gina era muy guapa e insistía siempre en que las amigas de su hija la llamáramos Vero en vez de decirle señora. En esas reuniones daba indicaciones precisas sobre cada detalle de la fiesta: las canciones que pondría el DJ, el momento en el que lloverían burbujas de jabón sobre los invitados, el formato en el que quería las fotos digitales. De vez en cuando volteaba a ver a su hija para preguntarle qué le parecía todo eso, pero casi nunca esperaba a escuchar la respuesta antes de volver a hablar. El planificador tomaba nota de todo y aclaraba a cada instante que las nuevas ideas aumentarían un poquito el presupuesto. Su clienta reía abiertamente: eso no era problema, solo se cumplían 15 una vez en la vida. Gina y yo salíamos al estacionamiento a fumar: ella siempre llevaba en la bolsa varios chicles Bubbaloo que partía en dos para embarrar el cigarro con un poco del relleno líquido antes de encenderlo. Así la ropa no se apesta a humo, sino a caramelo. Antes de volver a entrar mascaba el chicle. No sé para qué se tomaba tantas molestias: su mamá no se daba cuenta de nada, a veces ni siquiera de que habíamos salido.

*

Aunque la abuela Juli me llamaba por teléfono con frecuencia, no la conocía en persona. La había visto en un par de fotos de cuando mi mamá era niña, pero no estaba segura de poder reconocerla, o ella a mí. Pensé en estas cosas cuando la aeromoza hizo el anuncio: comenzaba el descenso y en breves minutos aterrizaríamos en la Ciudad de México.

Para cuando me entregaron mi equipaje me sudaban las manos y podía sentir los latidos de mi corazón golpeando en mis sienes. Encendí el teléfono para mandar un mensaje a papá, pero no tenía señal y el wifi del aeropuerto no funcionaba bien. Crucé el umbral de la aduana convencida de que me encontraba perdida a miles de kilómetros de mi casa, cuando dos personas se me acercaron. La mujer

era un poco más bajita que yo, morena; llevaba un traje sastre color lavanda que había sido elegante hace cuarenta años. Unos pasos detrás de ella, un hombre alto, blanco, de cabello y cejas negrísimas, me miraba con curiosidad.

Isela, me dijo al fin la mujer.

Hi, abuela, respondí.

Pensé que había palabras mucho más apropiadas para la ocasión, pero no se me ocurrieron en español. Probablemente a ella le sucedió lo mismo porque no hablaba inglés. Me miró en silencio, luego extendió los brazos como si fuera a rodearme con ellos, pero solo me puso las manos sobre los hombros un momento y luego volteó a ver a su acompañante. Tu tío Javi, me dijo. Con un tono distinto, imperativo, le ordenó a él, muy rápido: Ándale, ayúdale. Entonces los ojos castaños del tío hicieron gesto de volver de un pensamiento muy distante y buscaron mis maletas. Mi abuela volvió a verme con una sonrisa que no parecía suya, acarició mi hombro derecho con cierta prisa, se dio la vuelta y comenzó a caminar delante de nosotros. Javi también me sonrió sin decir palabra.

Los seguí al estacionamiento, donde nos esperaba una vieja *pick up* roja. Mis maletas ya estaban en la caja y nosotros en la cabina. De pronto, la abuela hizo gesto de recordar algo urgente. ¿Ya comiste?, me preguntó, y al hacerlo unió todos los dedos de la mano derecha y la llevó hacia su boca, como si no estuviera segura de que yo fuera la misma con quien había hablado por teléfono en español durante todos estos años. Yo tenía hambre, pero me dio vergüenza decirlo. Respondí a su pregunta con un sí muy quedo y una inclinación de cabeza. Sin decir nada, Javi giró la llave para encender el motor. Los tres miramos al frente. No cruzamos palabra durante todo el camino.

*

Papá siempre dijo que mis abuelos vivían en México, pero se refería al país, no a la ciudad. Su casa estaba en San José El Vidrio, un pueblo del que yo nunca había oído hablar y en el que pasaría una semana. No había mucho que conocer: una iglesia, un mercado, cerros tupidos de árboles. Y las casas de muchos parientes a los que no había oído nombrar ni siquiera una vez.

La *pick up* se estacionó en un patio de tierra que estaba frente a tres casas chaparras de tabicón. Junto a la puerta de entrada, una pileta y un lavadero de cemento. En cuanto llegamos, de las casas salieron niños y niñas de diferentes edades. Algunos eran mis primos, otros eran sus vecinos. No lo sabía hasta entonces, pero yo era la nieta mayor; el más pequeño tenía tres años. Cuando bajé de la camioneta

saludé con la mano a la pequeña multitud. Nadie me respondió. Seguí a mi abuela hacia una de las casas, la suya, dando la espalda a los niños. Escuché que uno le decía a otro: ¿No que tu prima era gringa?, está bien prieta.

Mi abuela me llevó a la habitación en la que iba a dormir. Salió un momento y volvió con un pan dulce y café con leche. Merienda, hija, ya te dejo descansar, me dijo. En cuanto cerró la puerta me di cuenta de que no sabía a dónde había ido o a qué, ni entre quiénes me encontraba. Mi teléfono todavía no tenía señal y me daba pena usar el de esa casa para hacer una llamada de larga distancia. Tenía hambre; el pan y el café estaban deliciosos y me reconfortaron de inmediato. Era temprano para dormir, podía leer un rato el libro que Gina me había prestado para el viaje.

Nadie lo dijo, pero esa era la recámara de mi mamá: los muebles, a pesar del cuidado, se veían desgastados. Había calcomanías de gatitos pegadas alrededor del espejo del tocador, algunas ya casi desvanecidas. Hurgué un rato en los cajones y encontré ropa más o menos de mi talla, pero no me atreví a probarme nada. En el ropero había zapatos, casi todos bajos, y un solo par de tacón: unas zapatillas lisas color crema. En el tocador había un esmalte de uñas rojo y un frasco de perfume sin etiqueta. Acerqué el atomizador al dorso de mi muñeca lo más que pude y lo apreté. Una gota gruesa explotó sobre mi piel y escurrió un poco en mi zapato. Olía a mi mamá vestida de blanco en la puerta de la iglesia, del brazo de mi papá, a su sonrisa en la foto que más me gustaba de ella. En uno de los cajones de la cómoda había una caja de pañuelos forrada con listones y encajes. En un lado tenía un trozo de tela donde se leía «Flor Isela», bordado en manuscritas; del otro lado, un listón rosa decía «Secreto». Pesaba un poco. No la abrí. Me imaginé a una hija mía de 15 años hurgando en mi habitación y volví a guardarla de inmediato.

*

Los días volaron y eran prácticamente iguales, como las palomas del otoño. Un gallo cantaba a las seis de la mañana y todos en casa despertábamos, como en las caricaturas. Al desayuno venían la tía Fabi y sus hijos Pepe y Angelita, el abuelo Sergio, el tío Javi y yo. Había pan, café de olla, leche con chocolate, huevos con salsa y un extraño yogur o licuado de mango al que mi abuela llamaba búlgaros. Yo comía un panqué en silencio, mientras todos conversaban, y cada cinco minutos mi abuela me preguntaba si estaba bien.

Al terminar el desayuno entre todos limpiábamos la cocina. Luego, mi abuela y yo hacíamos una ronda por dos o tres casas del pueblo, donde yo entregaba un sobre con el nombre de algún señor y luego las

palabras «y familia». El sobre lo recibía siempre una mujer de la edad de mi abuela, a quien me presentaban como mi tía, que además iba a ser mi madrina de iglesia, de flores, de mole, de vestido, de fotos, de coronación o de pastel. Cada una de mis tías madrinas lo abría y sacaba una tarjeta con flores rosas junto a las que se leía «Mis XV Años Isela»; dentro aparecían los nombres completos de mis padres y mis abuelos que invitaban a una misa de acción de gracias y a una comida al finalizar. Todas me agradecían efusivamente la atención, así decían, y luego viendo a mi abuela comentaban: Es idéntica a su mamá, como si fuera lo más sorprendente del mundo. Mi abuela sonreía.

De camino pasábamos a casa de la maestra costurera, una señora muy morena y llena de arrugas que solo el primer día nos recibió dentro de su casita, para tomarme las medidas, y luego apenas asomaba su nariz chata y sus anteojitos por una ventana. No es grosería, pero se me va el sol y yo con foco no puedo coser, o acabo el vestido o les hago la plática, todo no puedo, decía. Cerraba la ventana sin esperar la respuesta de mi abuela, mientras decía: Sí, ándenle, ándenle, hasta luego.

*

Supe que era huérfana porque me lo explicó Gina la primera vez que fue a mi casa, cuando éramos niñas. Se iba a quedar a dormir y Martha nos sirvió la cena al volver del trabajo. Cuando fuimos a mi cuarto me dijo que mi mamá era muy bonita y yo le respondí que Martha no era mi mamá. No sé por qué lo hice, nunca se lo decía a nadie, aunque todos se refirieran a ella así: Dile a tu mamá, decían los profesores, y yo le daba los recados a Martha. Pero ese día le conté a Gina que mi mamá verdadera había conocido a mi papá en México, cuando eran jóvenes, que se enamoraron y se fugaron a Juárez porque mi mamá quería cruzar a los Estados Unidos. Ella se embarazó y me tuvo en El Paso, pero cuando yo tenía un año le dio cáncer y se murió. Martha me contó eso, que todo había sido muy rápido. Mi papá no hablaba de ella casi nunca, pero cuando lo hacía no se ponía triste como les pasa a los reyes en los cuentos, ni mi madrastra era mala, ni yo era huérfana. Eso le dije a Gina, que yo sí tenía familia, pero ella me explicó que si tu mamá o tu papá se morían eras huérfana, y como mi mamá verdadera estaba muerta, yo lo era, aunque no la recordara ni me pusiera triste cuando contaba todo esto.

Tal vez yo ni siquiera tendría por qué saber que existió mi mamá. Si no me lo hubieran dicho, no lo recordaría. Pero Martha me dice siempre que hay que mantener su recuerdo, que no lo entiendo porque soy chica, pero que un día lo voy a agradecer. Ella fue la que puso su retrato en una mesita del comedor, y la que le lleva flores cada año al

panteón. También fue suya la idea de que no perdiera el contacto con mi abuela Juli, por eso hablábamos por teléfono cada domingo desde que entré a la primaria. Eran llamadas cortas pero amables; todos conversábamos un ratito con mi abuela, hasta Nico. Le preguntábamos cómo estaba, cómo estaba mi abuelo, mis tíos, si había recibido las fotos que le mandábamos, le deseábamos lo mejor si iba a ser su cumpleaños y la felicitábamos si era navidad o día de las madres.

No soy una huérfana triste como las de los cuentos, porque tengo a mi papá y a Martha. Pero a veces, cuando la veo abrazar a Nico, o cuando me enfermo o me regaña, me pregunto si una mamá verdadera te quiere igual que una adoptiva, o si ese secreto solo podía compartirlo con la muchacha de la foto en blanco y negro que no mira de frente a la cámara, sino hacia un punto fuera del cuadro, y que no se sabe si está triste o contenta.

*

Yo no quería fiesta, pero tampoco me atreví a protestar. Todo el mundo parecía muy entusiasmado con los preparativos: mi abuela y mi tía Fabi estaban preocupadas por la comida y los adornos para el patio; mi tío Javi y unos vecinos se encargaron de poner una lona y de conseguir mesas y sillas. Por la tarde, la tía Fabi nos enseñaba a mis primos y a mí a bailar el vals. Tendría que bailar con todos mis invitados ese día, por eso era importante que supiera hacerlo bien, ya que no había tiempo de conseguir chambelanes y ensayar una coreografía en forma.

Todo el mundo tenía algo que hacer a todas horas y, sin embargo, a las cinco de la tarde el tiempo se detenía. La sala de la casa se volvía dorada con la luz del sol y mi abuela servía una charola de pan dulce, café para los mayores y una taza de té de limón con nube para los niños. A mí me dejaban elegir, pero yo pedía el té de todos modos. Mi abuela se acordaba de alguna cosa y se levantaba de pronto a llamar por teléfono en uno de esos aparatos en los que metes el dedo en un disco y lo haces girar para marcar el número. Yo solo los había visto en las películas. Mientras ella alquilaba el sonido, o conseguía el coche que me llevaría a la iglesia, yo la miraba. ¿Nos parecíamos en algo? ¿Era yo idéntica a mi mamá, como decían todos?

Cuando mi abuela volvía a sentarse el café se le había enfriado y ya no quedaban más que moronas en la charola del pan. Pero ella no parecía molesta nunca, ni cansada. En casa no se hablaba de otra cosa que no fuera mi fiesta de XV años, y aun así nadie le daba tanta importancia. De todas formas, creí que lo correcto era agradecer esa fiesta, aunque yo no la quisiera ni la hubiera pedido. Era como un regalo y lo correcto era dar las gracias.

Abuela Juli.

Mande.

Quería darte las gracias por todas las molestias que te estás tomando por mi fiesta.

No es molestia. Aquí todas las hijas y las nietas han tenido sus quince años, dijo. Sonreía.

¿Y mi mamá tuvo?

Ella pidió viaje. Fuimos a Acapulco. Veía muchas películas tu mamá, yo creo que por eso se le ocurrían esas cosas. Tu abuelo hizo muina porque era la hija mayor, tenía mucha ilusión con esa fiesta. Pero la adoraba, al rato se le pasó. Igual le compró vestido y la llevó a retratarse. Una de esas fotos se la di a tu papá.

*

Corté los listones con unas tijeras que encontré en el cuarto de mi abuela, y al abrir la caja encontré una Barbie, unas calcomanías aterciopeladas con forma de ositos y corazones, un libro de poemas titulado *Declamador sin maestro*, dos revistas pequeñas, de bolsillo, llamadas *Notitas Musicales*, un diario cerrado con un candadito, la llave, cartas de Ana Julia, Dulce Ivonne y Claudia Arlette, todas plegadas con muchos dobleces y llenas de siglas que no pude descifrar, como «TQ1CHy2M». Estaban también el boleto de avión de Ciudad de México a Acapulco, siete conchitas, dos piedritas blancas y unas florecitas amarillas aplastadas entre los poemas.

Primero acomodé todas las cosas sobre la cama y les tomé varias fotos con mi teléfono. No tenía que entenderlo todo en ese momento y seguramente después necesitaría recordar los detalles. ¿Por qué no te trajiste la caja?, me preguntó Gina cuando volví y le conté todo. Le respondí que esas cosas eran de mi abuela; ella dijo que eran de mi mamá, así que yo también tenía derecho a quererlas, pero me pareció que mi mamá era más de mi abuela que mía. ¿Somos más de nuestros papás que de nuestros hijos? Creo que es una de esas cosas que los grandes dicen que vas a saber cuando crezcas, pero por ahora yo siento que sí.

Mi curiosidad me llevó directo al diario. Giré la llavecita dentro del pequeño candado y abrió enseguida con un crujido miniatura. Las páginas eran rosas y estaban llenas de calcomanías y de fotos recortadas de revistas. Lo único que había escrito eran letras de canciones. Copié los títulos para buscarlas en Google cuando volviera a casa. Pero solo las primeras hojas estaban usadas. Lo demás estaba en blanco. Las cartas estaban llenas de dibujos, de frases cariñosas y promesas de amistad eterna. Me pregunté si las amigas de mi mamá

guardaban las que había escrito ella. Hubiera querido leerlas.

Ya casi era de noche cuando volví a guardar todo. No hubo forma de disimular los cortes en los listones, pero eso no me preocupaba. Lo inquietante era pensar que mi mamá era como un rompecabezas cuyas piezas estaban dentro de esa caja y, aunque yo quería unirlas, no sabía cómo.

*

Me despertó Pedro Infante cantando «Las mañanitas» y luego mis abuelos, con un ramo de flores que me llevaron a la cama. Mis tíos y primos esperaban en la cocina para desayunar conmigo y darme mi abrazo. Las flores eran muy lindas, blancas, manchadas de púrpura en el centro. Se llaman pensamientos, dijo mi tía Fabi mientras las ponía en un florero. Eran mis primeras flores, blancas y sencillas; tomé una y la puse a secar entre las páginas del libro que estaba leyendo.

Cuando terminó el desayuno, mi tía me llevó por el vestido y a un salón de belleza a que me peinaran y me maquillaran. Un auto nuevo con grandes moños de papel rosado pasó por mí para llevarme a casa, y luego por mis abuelos para ir todos a la iglesia. La fiesta sería en el patio polvoso, sin piso. Mis tíos y primos tiraban de cuerdas amarillas y plásticas para ajustar una lona como techo. Mis primas y algunas vecinas barrían y acomodaban las mesas y las sillas. Cada pequeña acción la dirigía mi abuela, vestida con el mismo traje con el que me fue a recoger al aeropuerto.

Al terminar la misa me tomaron fotos frente a la puerta, muchísimas, con mis abuelos, con el sacerdote, con mis tíos, con mis primos, con cada padrino y madrina, con cada familia invitada. Luego volvimos a la casa, mis abuelos y yo en el auto, los demás caminando: los veíamos pasar junto al coche, las calles eran muy estrechas y empinadas, así que casi todos nos rebasaron.

Cuando crucé la reja de la casa todos me aplaudieron. El patio se veía muy diferente con tantas mesas y manteles, con sus macetitas de flores silvestres forradas con papel celofán rosa en donde debían ir los floreros. Junto a la puerta de la casa estaba mi tía Fabi sirviendo arroz y mole de cazuelas enormes, mientras unas ancianitas hacían tortillas a mano con delantales coloridos encima de sus vestidos de fiesta. A la orilla del patio, varios hombres con botas y sombrero, como mi abuelo, se unieron para sacar de un hoyo humeante el borrego hecho barbacoa. Los invitados aplaudieron otra vez al ver la carne olorosa repartida en platones al centro de cada mesa, algunos alzaron sus vasos desechables a manera de brindis. Junto había un canastito blanco decorado con un listón rosa y un moño en la tapa. En el moño decía «Isela Mis XV». Iba a tomarle una foto pero mi abuela me

distrajo: Tú eres la festejada, tienes que comer primero, ¿qué te sirvo?

*

Volví a tiempo para la fiesta de Gina. Fue tal como su mamá la planeó. Le hicieron muchas fotos afuera del Museo de Arte de El Paso antes de ir a la fiesta en Juárez. Hubo DJ y no falló el sonido como en mi fiesta, ni nadie se mojó los pies, porque fue en salón y no en un patio enlonado. Las coreografías fueron espectaculares, con luces y burbujas de jabón. Ninguno de los chambelanes se equivocó, como mi primo cuando se resbaló con el lodo. Al ver a mi amiga bailar el vals recordé el mío; todos los invitados habían aplaudido muy fuerte y nos pidieron repetir el número tres veces. Es que bailaste muy bonito, me decían a cada rato mis padrinos y madrinas, es decir, casi todos los invitados. Mi abuelo, ya borracho, insistió en dar un discurso, pero no pudo hilar más de dos frases sin llorar. Mi abuela fue muy rápido a abrazarlo y a quitarle el micrófono.

No le conté a Gina de mi fiesta, pero le escribí una carta con plumas de colores. Le decía que la había extrañado mucho y que seríamos amigas por siempre. Después de mi nombre escribí una posdata, «TQ1Chy2M», y luego la envolví con complicados dobleces. Esperé una semana a que me contestara para poder meter su carta en una caja forrada con *masking tape* de colores donde guardé mi boleto de avión a Ciudad de México, el volumen uno de *Scott Pilgrim*, el bikini neón que Gina me ayudó a escoger, la invitación a misXV años, con los nombres de mis padres y abuelos, y una flor ya seca, enmicada, uno de los pensamientos blancos traído de casa de mi mamá.

PROGRESO

I

Era una escuela grande, de buena fama y católica: me habían enviado ahí porque siempre fui un estudiante destacado y salí de la secundaria con buenas calificaciones. Ahí estudiaban también los hijos del jefe de mi mamá, quien había hecho los arreglos para que me dieran media beca y pagaba la otra mitad de mi colegiatura. Todo el mundo sabía por qué lo hacía, aunque mamá y yo nunca hablamos de eso. No hablábamos de casi nada, en realidad.

La escuela estaba sobre una gran avenida: muy cerca había restaurantes, cafeterías y un centro comercial. Alrededor se extendían los fraccionamientos en los que vivían mis compañeros; todos tenían nombres que me parecían poéticos: Valle Dorado, Arboledas, Santa Mónica, Lomas Verdes. Los veía salir de la escuela y formar grupos risueños y despreocupados e ir al cine o a tomar un café. Abordaban autos compactos del año y se dirigían a sus casas en alguno de esos lugares con nombres promisorios.

Yo salía a solas, en silencio, y tenía que caminar durante 10 o 15 minutos para llegar a otra avenida, a espaldas del colegio, donde tomaba todos los días un camión de regreso a casa. Por esa avenida pasaban muchos autobuses, pero el mío tardaba un poco más en pasar, tal vez porque su ruta era más larga. En esa parada me había enseñado mi mamá a tomarlo el fin de semana antes de empezar las clases: me acompañó al centro de Progreso, el pueblo donde vivíamos, y me mostró qué debía decir el cartel del camión que me llevaría a la escuela. Me dijo cómo reconocer el lugar donde debía bajarme, me acompañó a la entrada de la prepa y luego caminó conmigo hacia el punto donde tendría que esperar el de regreso.

Fíjate bien, dijo, pasan muchos iguales, necesitas tomar el que dice Progreso, no te vayas a equivocar porque llevas el dinero justo y si tomas el de San Pedro vas a tener que irte hasta la casa caminando.

Tomaba el camión a diario, al mediodía. Iba siempre lleno y

caliente, oloroso a sudor y a combustible quemado. Si tenía suerte alcanzaba un lugar y me quedaba dormido la hora y media que tardaba en llegar a casa, pero por lo regular me tocaba ir de pie la mayor parte del trayecto, con la mochila entre las piernas, esforzándome por mantener el equilibrio. El camión avanzaba casi en línea recta: la avenida se convertía durante un tramo en carretera y luego desembocaba en calles cada vez más sucias y angostas conforme nos acercábamos a Progreso. Cuando al fin bajaba, frente a la iglesia del centro, caminaba apresuradamente a casa para evitar encontrarme con mis antiguos compañeros de escuela, ahora choferes de combi, obreros, mecánicos o empleados en los negocios de sus padres. Me incomodaba tener que hablar con ellos: algunos me hacían preguntas sobre mi escuela con auténtica curiosidad y yo tenía que mentir para no decepcionarlos; otros me despreciaban y me llamaban afeminado porque, a pesar de tener ya 15 —luego 16, 17, 18— años, aún no trabajaba, como se supone que hacen los hombres. Prefería encontrar a las muchachas, que eran siempre amables y breves en sus saludos, pero al paso del tiempo fueron desapareciendo de las calles; reaparecían meses después con bebés en brazos, absortas.

II

Por estar becado tenía que ofrecer algún servicio en la escuela. Mis asignaciones cambiaban cada semestre: durante los primeros me correspondía sacar fotocopias de los avisos que se enviaban a los padres; en los intermedios, organizar expedientes; el último año, ayudar a la psicóloga de la escuela a organizar las sesiones de orientación vocacional a las que cada alumno debía acudir con sus padres para justificar su elección de carrera y hablar sobre las opciones que tenía para continuar sus estudios. En esas reuniones se le entregaba a cada estudiante una carpeta con los resultados de su prueba de aptitudes y folletos sobre las universidades nacionales y extranjeras que ofrecían las carreras de su interés.

Preparar esas carpetas requería varias semanas de trabajo y un equipo de cinco o seis becarios. Nos quedábamos dos o tres horas después de terminadas las clases y husmeábamos en los papeles de los compañeros más adinerados o más conocidos, de la persona que nos gustaba o de quienes nos caían mal. La primera tarde, la psicóloga nos pidió que nos presentáramos y dijéramos qué pensábamos estudiar y en qué universidad. Dijiste tu nombre, Vania, y que aún no lo decidías. Yo me presenté y respondí lo mismo. A la salida, alguno de

los compañeros nos ofreció un aventón en su Volkswagen blanco y ruidoso. Los demás fueron con él, pero tú respondiste por nosotros: íbamos cerca y preferíamos caminar.

Casi no dije nada mientras andábamos hacia tu casa: me concentré en buscar tu perfume en el aire, y en mirar de reojo tus labios, el contorno de tus senos, los huesos redondos que asomaban por el cuello de tu camiseta y tus lóbulos, rosados y carnosos, cuya cercanía me desconcertaba. Me gustaba oírte hablar. A partir de entonces hicimos ese recorrido todas las tardes al salir. Cerca de tu casa no pasaba el camión que me llevaba de vuelta a la mía, así que tomaba otro y caminaba una hora y media para completar el trayecto, pero nunca te lo dije.

Cuando el semestre estaba a punto de terminar la psicóloga ya no nos necesitaba, así que llamaba a uno o dos, en diferentes horarios. Volví a caminar solo a la parada donde tomaba el camión hacia Progreso y aunque intenté despedirme de ti no me atreví a buscarte. Una de esas tardes me asignaron la tarea de poner en sobres las postales que nos darían el último día de clases. Era una tradición de la prepa: a manera de despedida se entregaba a cada graduado una tarjeta con la fotografía y el escudo de la escuela, y la psicóloga escribía al reverso una frase que elegía ella misma, una especie de arcano extraído de las páginas de un grueso tomo de citas famosas. La tuya era un salmo, pero la rompí. Robé una postal y escribí en ella: «La vida es un viaje en paracaídas y no lo que tú quieres creer», la guardé en un sobre con tu nombre y la puse en una caja, con el resto. Cuando nos las entregaron, al final de la ceremonia de graduación, te busqué entre la gente. Hubiera querido ver tu rostro al leer la tarjeta y saber si te había gustado. Yo perdí la mía. Decía: «No hay viento favorable para quien no sabe a dónde va».

III

Ese verano conseguí empleo como mensajero en la oficina donde trabajaba mamá. Me enviaban a hacer trámites y a recoger paquetes al correo. Era un buen trabajo: andaba en la calle todo el día, lejos de mi casa y del pueblo. Cuando cumplía con mis encargos caminaba sin rumbo y cuando me cansaba podía tomar un camión o los que hicieran falta: en la oficina me daban, además de mi sueldo, dinero para los pasajes. Recuerdo que mamá estaba en verdad contenta: además de tener ese trabajo había conseguido entrar a la universidad. Le dije que estudiaría Periodismo; en realidad me matriculé en Letras,

pero ella no podría darse cuenta de eso. Nunca se daba cuenta de nada. Pude hacer casi toda la carrera sin que me hiciera preguntas, hasta que un día, tres años después, se lo aclaré. Me miró en silencio, sin entender, incómoda por no saber qué clase de respuesta esperaba de ella. Ni yo mismo lo sabía.

Durante mis meses como mensajero pasé muchas veces frente a tu casa, deseando un encuentro que aparentara ser casual. Con el tiempo cambié de empleo y comencé a preocuparme por otras muchachas y por otras cosas, todas sin esperanza ni remedio. Habían pasado dos años cuando, una tarde, me pareció verte de lejos. Ibas a prisa, vestida de negro; te seguí por dos o tres cuadras hasta que te vi entrar a un local. Me detuve un momento, sin saber muy bien qué hacer. Finalmente me decidí a entrar. Era una papelería: estabas del otro lado del mostrador, atendías a los clientes. Tardaste un poco en verme, pero me reconociste de inmediato. Contuviste la respiración y no dijiste nada.

IV

Desde entonces fui a buscarte cada noche. Te esperaba afuera de la papelería y cuando te tocaba cerrar te ayudaba. Caminábamos bajo la luz blanca y fría del alumbrado público hacia la parada donde yo tomaba el camión. Era la mejor parte del día: la noche limpiaba el olor de la rutina y podíamos reír, besarnos en la calle. Cruzábamos un puente peatonal bajo y sencillo, el último antes de que comenzara el Periférico. Nos deteníamos en medio un rato y en las luces lejanas del sur intuíamos la ciudad, un lugar donde tal vez todo era mejor.

Durante la espera, leías los letreros de los autobuses que se detenían en esa parada: eran cartones negros con letras de colores neón, todas mayúsculas; destinos que para ti representaban un misterio: Lomas Lindas, Alamedas, Cahuacán. Decías que el mío tenía el mejor nombre, Progreso, y que te gustaría conocerlo algún día. Un pueblo llamado Progreso Industrial, decías sonriendo, mientras yo imaginaba cómo sería llevarte a casa: tu nuca recargada en el asiento maloliente de un autobús viejo, las incomodidades de un viaje de más de una hora, sentados si había lugar, parados si el transporte iba lleno, sacudidos por los baches que yo conocía de memoria, sin poder rehuir el olor a basura y orines al cruzar ciertas zonas de la autopista, donde había casas de cartón o en obra negra y un permanente escurrimiento de agua jabonosa pero sucia; pensaba en los perros atropellados que podríamos ver a la orilla de la carretera, en los vagabundos que

avanzan por la noche, sin fijarse en el camino, siluetas oscuras y solas, y en las hileras de casas pobres y grises que se acumulaban en todas las barrancas; imaginaba cómo sería llegar contigo a Progreso, a sus calles de hoyos y terrones, a sus bardas de tabicón, mal pintadas, a sus casas chaparras y sucias, y qué sombra o destello habría en tus ojos en ese momento, cuando supieras que yo no era más que todo eso. Cambiaba el tema de conversación. Evitaba mirarte al despedirme.

En esas noches te escuché hablar de todo. Me explicaste que no podíamos entrar a tu casa porque ahí solo vivían mujeres: tu madre y sus hermanas, que te habían cuidado desde niña. Al hablar de tu padre fijabas la vista en tus pies, como contando tus pasos. Yo no sabía muy bien qué decir. Para ti no estaba tan mal, decías, él te enviaba dinero y toda clase de regalos que mandaba pedir de Estados Unidos o que traía en alguno de sus viajes de negocios. Lo veías poco y discutían con frecuencia. Te pregunté si lo querías, pero no respondiste.

V

Un año después yo estaba a punto de terminar la carrera y tú no habías comenzado ninguna; ya tenías 21 años y tu padre dejó de enviar dinero. Hubieras querido estudiar en una escuela norteamericana, como todos tus amigos, sin saber bien en cuál. Lo único importante era irte lejos: vivir en un apartamento de ciudad y tomar café sin apuro, o caminar por un suburbio de casas color pastel con vecinos podando el pasto y niños vendiendo limonada. Eso era la verdadera vida, puesta en espera porque tu madre no podía pagar una colegiatura ni la renta de una casa donde vivieran solas. Por eso fue que comenzaste a trabajar en la papelería. A veces, cuando iba a verte, te escuchaba hablar con los clientes y recibir órdenes. Tu voz tenía un tono dulce y tibio, y aún usabas el mismo perfume que cuando te conocí; yo pensaba en tus buenas calificaciones y tu inglés perfecto y me sentía un ignorante y un impostor. Cuando salías te acercabas a mí con una sonrisa y calentabas mis manos entre las tuyas si hacía frío. Andábamos un buen rato, como siempre. Nunca entrábamos a ningún lado: mi sueldo de mensajero apenas alcanzaba para libros, aunque de vez en cuando mi abuelo me daba dinero con la condición de que no lo compartiera con mi madre, a quien no le dirigía la palabra. Parecía querer enseñarle una lección valiosa sin conseguirlo en realidad. Tú le dabas la mitad de tu salario a tu mamá y con la otra pagabas la cuenta del teléfono que tenías en tu habitación y una computadora a plazos. A veces comprábamos un café instantáneo en la tienda, servido en un

vaso de unicel, y lo compartíamos sentados en la banqueta en una calle por la que casi no pasaba nadie.

¿Y qué aprendes en la universidad? ¿Qué les enseñan a los de Letras?

Tu pregunta era triste, aunque la hacías sonriendo. Te miré un momento y te abracé para no responder, pero insististe.

No sé. Títulos de libros.

¿Y los lees?

Algunos.

¿Cuáles?

Poesía española. Cuentos argentinos. Novelas rusas.

Mi nombre es ruso.

Lo sé.

¿Y sabes qué significa?

Sí. Juan. Juanito, en realidad.

Me golpeaste el brazo con suavidad. Reímos. Volvimos a caminar. Era diciembre y el aire frío cortaba. Faltaba poco para que oscureciera, pero aún caminábamos con la luz de la tarde. Rumbo a la parada del camión vimos una casa blanca en venta. Leímos la descripción: sala, comedor, cocina, baño y dos recámaras. Había patio y estacionamiento. Dijiste que sería perfecta para nosotros: podrías tener un perro, tal vez con los años tendríamos hijos, y ya no tendrías que soportar a tus tías. Te prometí que pronto te la compraría. La miramos otro rato en silencio.

Volví tarde a casa; el foco de la entrada estaba encendido y desde el lavadero llegaba el ruido del agua cayendo con fuerza en la pileta. Mamá había perdido su trabajo de secretaria, así que entró como costurera en una maquiladora de uniformes. El dinero no alcanzaba, así que se ofrecía a lavarle a una de sus amigas unas enormes cobijas de lana que no cabían en su lavadora. Eran tan grandes que se necesitaba una tina de aluminio para remojarlas y pedía ayuda para subir a la azotea a tenderlas. Cada uno tomaba dos esquinas: al sujetarlas, el roce de la lana mojada producía un sonido angustioso, como de dientes que se rechinan por la fiebre, y el agua estaba tan fría que muchas veces creí que, en cuanto sacara la mano de la tina, se me caerían los dedos. Mamá lavaba y tendía de noche porque era el único rato que teníamos libre: la vecindad en silencio, mis pasos sobre la escalera oxidada, la ropa percudida en otros tendederos, el sonido de la lana y mis manos entumidas por el peso y el frío me confirmaban algo sobre mí o sobre la vida, algo profundo, estaba seguro, aunque no podía nombrarlo con precisión.

VI

A veces trabajabas conmigo en domingo; me lo avisabas con tiempo para que fuera a verte. Salías temprano y podíamos entrar un rato a tu casa, pues tu mamá y tus tías salían a visitar a otros parientes. Nunca quisiste que las conociera porque decías que no te agradaban. Yo no pregunté más. Me gustaba entrar a tu habitación: era estrecha, con apenas un poco de espacio para rodear la cama. Tenías un escritorio y varios estantes llenos de libros y películas, todos en inglés. Los domingos te gustaba escuchar música y cantabas bajito a veces. Necesitábamos un rato para acercarnos y comenzar a besarnos: en tu cuarto tu olor se hacía amplio, como si todo el aire tuviera tu perfume, y esa sensación me tomaba siempre por sorpresa. Era todo muy diferente a lo que yo conocía y no sabía cómo actuar. Prefería irme pronto. Uno de esos domingos te regalé flores: un ramo blanco y sencillo de pensamientos. Esa tarde nos besamos distinto: sentado a la orilla de tu cama sentí tu perfume tibio rodeando mi piel y recibí sobre mis piernas, entre mis manos, tus caderas. No podía dejar de ver tu boca ni me atreví a quitarte la ropa, pero no fue necesario: no deseaba penetrarte, me bastaba recibirte frágil sobre mi erección y sentir que podía abrirte como una fruta cuyos gajos se separan sin esfuerzo. Nunca estuvimos tan cerca como entonces, pero después de unos minutos la puerta se abrió: era tu madre llamándote. Cerraste de inmediato, con violencia: te bastó estirar el brazo desde la cama. Guardamos un breve silencio. Luego lloraste todavía encima de mí.

Al día siguiente, cuando fui a buscarte a la papelería, no estabas. Fui a tu casa: una de tus tías abrió la puerta y me dijo que estabas enferma y no querías salir, que te llamara por teléfono después. Pero cuando marcaba tu número siempre sonaba ocupado, sin importar la hora, a veces incluso de madrugada. Semanas después, cuando al fin contestaste, no me reconociste, pero dijiste estar bien. Acordamos vernos en la papelería.

Caminamos por las calles habituales en silencio. Temía que tu madre estuviera molesta y ya no te dejara verme; llevabas un abrigo negro y largo, y guardabas las manos en los bolsillos. Pasamos frente a la casa blanca, ya no se vendía, y de pronto decidiste hablar: ya no trabajarías porque habías entrado a una escuela para traductores; pensabas irte a Estados Unidos muy pronto. Habías conocido a alguien en internet, un gringo. Se habían escrito durante algunos meses y él finalmente había venido a visitarte. Era mayor que tú y te había hablado de sus cuatro hijos y de sus tiempos de *hippie*, cuando protestó contra Vietnam y vivió en una comuna; te había traído una cámara profesional y ahora querías ser fotógrafa. También querías

casarte con él y vivir en Nueva Jersey, muy cerca de Nueva York. No dije nada, pero caminé lejos de ti, hacia la avenida. Crucé el puente y le hice la parada a un camión sin ver siquiera qué rumbo llevaba. Fingí no ver cómo te quedaste parada, llorando. Durante varias semanas dejé de hablar con mi madre y con la gente en general. Solo lo hacía cuando estaba muy borracho y era para hablar de ti, para llamarte puta aunque no me escucharas, sintiendo que era a mí a quien hería esa palabra.

VII

Dos años después murió mi abuelo. Era el único hombre a quien de verdad admiraba. Me lo dijo mi mamá una tarde, cuando volví del trabajo: la encontré sobre nuestro colchón, a oscuras, con expresión abyecta. Se resistió a ir al funeral, así que tuve que ir sin ella. No tenía ropa negra: en la capilla, entre los dolientes enlutados, mi aparición abrupta era evidentemente inadecuada. Los hermanos de mi madre rodeaban el ataúd. Se miraron entre sí y hablaron en murmullos; momentos después, un empleado de la capilla me tomó del brazo con firmeza mientras me pedía que me retirara. No querían un nuevo rival en su disputa por la herencia. La ambición los volvía ingenuos. Yo no lo era.

Salí a la calle vacía, busqué un teléfono público y te llamé. Era de madrugada, pero respondiste; te hablé de mi abuelo y del funeral, de mi trabajo, que odiaba, de lo imposible que era entender a mi mamá. Me escuchaste sin decir nada, hasta que se me terminó el dinero. Días después te visité; paseamos casi toda la tarde: lo del gringo era cada vez más serio, decías, él venía de vez en cuando y se quedaban juntos en un hotel; tú creías que se casarían pronto. En silencio te tomé de la mano y abordamos un camión. Te llevé a Progreso, a los cuartos sucios donde vivía con mi madre, y cogimos en el colchón orinado que nos había regalado una vecina cuando les compró a sus hijas uno nuevo. Marcas de uñas y dientes se amorataron pronto sobre tu piel blanca. No dijiste nada: solo gemiste levemente mientras te desnudé y aceptaste mi sexo con sumisión aunque te penetré con torpeza. Encima de ti, con el peso de mi cuerpo sobre el tuyo, embistiéndote con lentitud pero con fuerza, te dije al oído que eras una puta, una mentirosa. También te dije que te amaba. Después no volví a buscarte.

VIII

Mamá enfermó de cáncer y murió en un hospital público, cerca de tu casa. Yo tenía 35 años. Los últimos meses fueron desgastantes: ella no quería mudarse a la ciudad y para mí era difícil ir a Progreso para cuidarla. Al final tuvo que internarse y elegimos una clínica en un punto intermedio. Mi madre sabía que no volvería a su casa, pero lo prefirió así. Preparó una maleta como si fuera de viaje y dejó en su sitio todas las cosas que ocupaban su cuarto (desde que se quedó sola se mudó a una habitación de servicio; ya no necesitaba espacio, decía). Cuando salíamos de ahí regresó a encender la luz de la puerta, para que la gente pensara que había alguien. Lo que siguió fue verla dormida casi siempre o concentrada en el dolor. No hablamos mucho, no habíamos hablado casi nunca, y ahora iba a morir. Una tarde su cama estuvo vacía: me dieron indicaciones para solicitar que se velara el cuerpo y luego se incinerara. Firmé unas cuantas hojas con autorizaciones que no leí y salí a fumar.

Eran las cinco de la tarde: con el sol de otoño las calles parecían más amplias, menos hostiles. Había gente caminando, riendo, y ruido de televisiones y radios que salía de los comercios cercanos. En la entrada del hospital había una hilera de casetas blancas en las que se vendía todo tipo de comida: los olores de los guisados atraían a la gente, que comía sin prisa, ajena a las cosas que sucedían a unos pasos de ahí, como el cáncer y la muerte. Me detuve un momento a reconocer las calles; todo estaba más o menos igual, aunque me pareció desgastado y pequeño. Vi el puente y la parada de autobús; pensé que una vez que recibiera la urna con las cenizas de mi madre ya no tendría que volver nunca más a Progreso, pero la idea no me produjo alivio. Mi pueblo angosto y sucio desaparecía en el horizonte y con él se cancelarían mi infancia y mi juventud. ¿Era un hombre ahora que me había convertido en huérfano y estaba lejos del pasado?

Había dado apenas unos cuantos pasos lejos del puente cuando reconocí tu casa. No la recordaba tan pobre ni tan oscura. Al acercarme pude distinguir con claridad los signos del abandono: había objetos acumulados en el patio, llenos de herrumbre, el pasto estaba alto y crecía en desorden la maleza. Supuse que ya nadie estaría interesado en vivir ahí, ni en hacer arreglos para vender o rentar la propiedad. Era, en cierto modo, un desperdicio.

De pronto se encendió una luz. Por curiosidad toqué el timbre y casi de inmediato una mano retiró la cortina que cubría uno de los ventanales; apareció una silueta de mujer gruesa y percudida que al verme se alejó el cristal, asustada. Me quedé parado frente a la reja unos minutos. No habías cambiado mucho, solo algo en tus ojos se

había desgastado y en la oscuridad parecías más pequeña.

Los autobuses todavían pasaban con sus destinos en carteles negros con letras neón. Tenían escritas las mismas palabras que cuando yo era adolescente, pero ya ninguno podía llevarme a ningún lado. Subí al puente, me detuve a la mitad; ahora vivía en la ciudad y sabía que no todo allí era mejor. Miré las luces del sur, a lo lejos, y luego las del norte, de los barrios, que comenzaban a encenderse. Detrás de ese caserío, siguiendo una carretera que desembocaba en calles angostas y sucias, estaba Progreso. Fijé la vista allá, intuyendo los caminos a los que no habría de volver, y la luz de la casita de mi madre, que esta vez no se apagaría sino hasta que el foco se fundiera. Con la mano palpé, dentro de mi bolsillo, un par de llaves que ya no servían para nada.

La escritura es siempre colectiva. Gracias a Luis Roberto Cedeño, Omar Rueda, Roberto Velasco, Edson Lechuga, Sergio Huidobro, Pedro Camilo Alcántara, Daniel Espartaco Sánchez, Mauricio Bares, Lilia Barajas, Alberto Chimal, Raquel Castro, Eric Uribares, Álvaro Enrigue, Raúl Aníbal Sánchez, Mariana Orantes, Carolina Dávila, Nicolás Rodríguez Sanabria y Fernanda Melchor: sus comentarios, consejos, recomendaciones de lectura y revisiones fueron fundamentales en el proceso de escritura y corrección de estas historias. Por otra parte, «A la orilla de la carretera» se escribió en la residencia Under the Volcano, gracias a la beca La Güera Trigos y a Magda Bogin, coordinadora del programa.



Esta edición de *Orillas,*
fue impresa en la ciudad de Guadalajara
en agosto de MMXVIII. En su composición
se usaron las fuentes **Calluna** de 9, 11 y 19 puntos
y **Boomer Slab** de 12, 14 y 26 puntos